

JOSEFINA

✦ ENSAYO LITERARIO ✦

— POR —

JULIO ARDILA

—o:~o:~o:~o:—
ESCRITA EXPRESAMENTE PARA "EL CRONISTA"

—o:~o:~o:~o:—
PANAMA

Tipografía de M. R. de la Torre é hijos

1903

JOSEFINA

I

Era temprano, aquel día, cuando mi amigo Joaquín vino á llamarme, á la ventana de mi cuarto, para efectuar el viaje á Taboga, proyectado la noche anterior.

A mi regreso de Europa cuí gravemente enfermo y, pasado ya el peligro, habianme aconsejado los médicos un viajecito á esa isla que goza, con justicia, de la reputación de tener muy buenos baños de mar y un excelente clima. Pensaba permanecer allí un par de meses y Joaquín, uno de mis mejores amigos, se habia ofrecido á tenerme compañía por algunos días.

Al abrirle la puerta entró corriendo en mi apo-

sento y con su gruesa voz de contrabajo y agradable sonrisa me gritó:

—¡Hola! ¿Estamos todavía durmiendo?

—Iba á levantarme cuando te oí llamar á la ventana, le contesté.

—¿Y estamos listos?, volvió á preguntarme.

—Completamente.

—¿Nada hace falta?

—Absolutamente nada. Mi buena madre se ha encargado de arreglarlo todo por mí. Llevo provisiones de boca y de caza para dos meses.

—No tengas cuidado, que ni unas, ni otras nos harán mucha falta.

—¿Y eso por qué? pregunté á mi amigo, asombrado de que él considerara inútiles unos artículos que mi madre y yo habíamos imaginado como de primera necesidad.

—Porque, no respondió él, siempre risueño, la dueña de la casa en donde vamos á hospedarnos no nos dejará morir de hambre, primero; y segundo, porque allí, en materia de *gibier* [como llaman ustedes, los que han estado en Francia, á los animales de caza], solo encontrarás alegres jovencitas, de grandes ojos negros, quienes, en vez de dejarse *cazar* por tí, son capaces de convertirte de *cazador* en *casado*. . . . Pero, date prisa que el vapor á nadie aguarda y es ya tarde.

Me levanté y concluí mi *toilette*. Luego corrí á abrazar á mis padres y salimos.

—Que te cuides mucho, me dijo mi madre y, cuando ya íbamos lejos, gritó á Joaquín, desde la puerta:

—Se lo recomiendo á usted. Vea que no cometa ningún disparate. Es muy loco.

gnlar sistema de escaleras que, arrancando de la misma orilla del mar, va á internarse en el verde oscuro del bosque. A nuestra izquierda se vó blanquear el techado del espléndido *Sanitarium*, donde van á convalecer los empleados de la Compañía del Canal; más allá se divisa una linda enseñadita, llamada del Anegón, y tras ella se eleva en el aire el cerro árido y pedregoso del mismo nombre. A la derecha se nos presenta la playa *Honda* y el *mal paso* que conduce á un pequeño bosque de tamarindos, separado del islote del Morro por un angosto brazo de mar que, en su reflujo, deja en descubierto su fondo de arena. Sirve de decoración á todo ese cuadro, simpático á la vista, la misma montañuela, de tonos glaucos y amarillentos, y los cerros sembrados de piñas, mangos y otros árboles frutales, que forman la isla, en cuyo diminuto puerto se balancean suavemente diversas embarcaciones pintorreadas de alegres colores.

Llegamos, por fin, al fondeadero del *Sanitarium*. Allí desembarcaron los empleados del Canal.

Joaquín y yo tomamos una panga y, después de despedirnos del Capitán Timoleón, nos dirigimos á *Playa Grande* en donde saltamos en medio de una turba de muchachos en camisa que nos aturdió con su eterna gritería. Todos querían sernos útiles y materialmente nos arrebatában las maletas de las manos. Ya estaba dispuesto á abandonar la mía á cualquiera de ellos, cuando mi amigo me gritó que no fuera tonto, que la casa á donde íbamos quedaba al frente, á pocos pasos de allí y que no valía la pena de pagar un par de reales á

tomar asiento, al lado de los demás viajeros, mientras corría á dar las instrucciones para la marcha.

Entré tanto daba el vapor su segunda pitada, larga, aguda y destemplada y, pocos minutos después, lanzaba la última, más prolongada y fuerte que las anteriores.

Luego, cobraron los marineros el ancia, tiró el Capitán el alambre de aviso á la máquina, púsose ésta en movimiento, revoletó el hélice dentro del agua haciendo remolinos de blanquecina espuma y *La Luisa* principió á moverse con suavidad, alejándose lentamente de su fondeadero del *Taller*.

Al principio, apenas rompía el agua con su cortante proa; mas, poco á poco, fué acelerando su marcha hasta obtener un andar regular.

—La mañana se presentaba risueña. El sol ocupaba ya cierta altura en la bóveda celeste y nos calentaba con sus rayos oblicuos. Y, á medida que el vaporcito corría por el mar en calma, desaparecían, detrás de los muros y casas viejas de la ciudad, el “Hotel de la Marina”, cuyo letrero negro con fondo blanco se lee de lejos, y los muelles y techados de zinc del Mercado que, á la clara luz del sol matutino, semejan inmensas cascadas de plata. Ocultáronse luego los edificios y grandes *warves* del Ferrocarril de Panamá, tras los cuales aparecían, para volverse también á esconder más tarde, la playa del *Trujillo* y las casas, con rojizos techos, de los pescadores chinos, cuyas pequeñas embarcaciones secaban al aire sus velas color de chocolate. A *Peña prieta* tocó su turno después y, hasta llegar á *Flamenco*, seguí contemplando el arenal de *Paitilla* y allá, lejos, bien lejos, la torre de

Panamá viejo y algunas casas de campo medio ocultas en el verde bosque.

Ahora, del lado de babor, se dilata la baja costa de *Pacora* y *Chepo*, detrás de la cual se alza nuestro sistema de montañas, de tonos azulados y glaucos; á estribor teníamos la playa de las *Monjas* y las *Bóvedas*, único resto de las murallas que, en otros tiempos, circundaban la ciudad, cuyas torres y casas, más ó menos elevadas, confundidas unas con otras, parecían alejarse de nosotros, á medida que nos acercábamos de las islas vecinas. Era algo así como una revolución de ventanas, techos y torres que marchaban en precipitada fuga á confundirse con los grandes y pintorescos edificios del *Hospital Central*, situados en la falda del soberbio *Ancón* que sirve de fondo á todo el delicioso panorama que presenta la ciudad de Panamá vista desde el mar.

A la altura de la *punta de Calafate* se descubre el *Matadero*, la playa negra de *Barraza* y el islote de *Tacho*. Más tarde se divisa la entrada del canal, dominada por el mismo elevado cerro *Ancón* que ostenta, de ese lado, la *folie Dingler*, graciosa y admirable construcción aislada, situada en el camino de *La Boca* á Panamá, verdadera locura de uno de los Directores de la Compañía del Canal que más caro le costó á la empresa.

Pronto llegamos á pocas brazas del *Duquesne*, buque de guerra de la escuadra francesa, fondeado hacía días en la bahía. La inmensa construcción naval, con sus grandes bocas de fuego, que parecía sentada en el mar, es una de esas máquinas monstruosas que los hombres inventan para destruirse unos á otros. Y á esos destructores inven-

tos es á lo que llaman, las naciones que se dicen civilizadas, adelantos de la ciencia. ¡Qué sarcasmo!

Arribamos á Flamenco donde anclan los buques que vienen del Norte y Sur del Pacífico. Estos, de lejos, semejan diminutas islas negras ó pequeñas manchas de tinta ~~en~~ en papel ligeramente azulado. A lo que vulgarmente se llama Flamenco no es á una sola isla, sino, á todo el grupo formado por los islotes de *Perico, Naos, Flamenco, Culebra* y el peñón de *San José*.

En Naos es en donde tiene establecidos sus talleres la *Pacific Mail S. S. Co.*

Sus blancas casas y su dorada playita presentan un aspecto de lo más risueño y coqueto. Bello paraje para pasar una luna de miel, que sería delicioso nido amoroso si el baho de la brea y el alquitrán y el ruido de los martillos y las cadenas no os recordaran que es un lugar de puro trabajo material.

Pocos minutos demoramos allí; luego seguimos nuestra marcha hacia Taboga, pasando por los islotes de *Changamé, Tortola* y *Tortolita*, peñascos inhabitados é inhabitables.

Al enfrentar á Tabogilla entramos al ancho canal que á ésta separa de su hermana mayor. Allí la corriente es fuerte y *La Luisa* principia á bambolearse ligeramente; pero al doblar el Morro, se descubre perfecta y claramente el pueblo de Taboga, acurrucado al pie de la montaña. Este y toda la isla, vistos del mar, ofrecen una bella y agradable perspectiva. Construido en forma de anfiteatro sus casas, de rojos techos, parecen encaramarse unas sobre otras formando como un ancho é irre-

--Pierda usted cuidado, le respondió aquél.

Llegamos al *Taller* y allí tomamos una *panga* que nos condujo á bordo del vaporcito del Canal, *La Luisa*, que hacía entonces viajes regulares á Taboga, tres veces por semana.

Poco faltaba para la partida. Ya el silbato había anunciado su primer llamamiento á los pasajeros y, mientras nos poníamos en marcha, me entretuve en examinar y estudiar á mis compañeros de viaje, que ya habían tomado asiento en la popa del barco.

Eran casi todos empleados de la Compañía francesa quienes, como yo, iban de convalecientes á pasar una temporada en Taboga.

Con sus semblantes amarillosos y demacrado continente los más dejaban fácilmente comprender que, en realidad, acababan de levantarse de una larga enfermedad; pero los había también que, llenos de vida y animación, tomaban aquel permiso como pretexto para descansar de sus labores y llevar una vida regalada en el suntuoso *Sanitarium*.

Casi á todos ellos conocía y, por consiguiente, poco interés podían prestar á mi ojo observador, que buscaba escenarios y caras nuevas. Solo la simpática figura del Capitán, á quién veía por primera vez, me interesó sobre manera. Era éste un robusto griego de reluciente calva y barba cana, á medio afeitado, que hablaba una especie de Volapuc difícil de entender. No era un Adonis, pero su trato afable y cariñoso disimulaba la escasa generosidad con que le había tratado la naturaleza. Conocióle Jo quin perfectamente, por haber viajado varias veces con él, y al vernos entrar saludonos con amabilidad y nos invitó á

ninguno de esos vagabundos solo por satisfacer su ambición.

Remontamos, pues, maleta en mano, la pequeña pendiente arenosa que conducía á la casa de Mrs. Jackson, una de las mejores posadas del pueblo en aquella época. Estaba ésta asomada al balconcillo del primer piso y nos acogió con esa amabilidad característica de las personas que se dedican al ingrato negocio de recibir huéspedes en su casa. Era una mujer de baja estatura, fisonomía agradable y color moreno. Podría tener unos cincuenta años.

Después de cambiar unas cuantas palabras con Joaquín, á quien conocía íntimamente, nos hizo entrar en un saloncito que, al parecer, hacía á un tiempo de sala de recibo y despacho de licores, según las circunstancias. Unas cuatro sillas mecedoras, colocadas á la entrada, frente á frente, hacían suponer lo primero y un mostrador, situado al fondo de la pieza, cuyas paredes estaban adornadas con botellas de distintos colores y tamaños y cuadros de avisos de las diferentes marcas de cervezas, coñacs y licores varios, atestiguaban lo segundo. Allí nos hizo sentar y al saber por Joaquín quién era yo se deshizo en toda clase de cumplidos, asegurándome que ella, en otro tiempo, había cultivado muy buenas relaciones con mi padre. Conocía, me dijo, perfectamente á mamá y á todos mis hermanos. A mi mismo me había conocido cuando niño, una vez que estuve en Taboga con toda la familia; pero era imposible que yo me acordara de ella. Hacía ya tantos años de eso! Pero bastante que había jugado entonces con sus hijas. Estas estaban en el baño; pero pronto iban á regresar y

se pondrían contentísimas al encontrar allí á Joaquín en compañía de un antiguo amigo. Luego puso, con exquisita galantería, su persona y todos sus bienes á nuestra disposición y, con el pretexto de ir á arreglar nuestro futuro alojamiento nos dejó solos, no sin iustarnos primero para que subiésemos á la *salita de arriba* donde estaríamos más cómodos.

Así lo hicimos. Joaquín era de confianza y conocía perfectamente toda la casa. Condújome, pues, por una estrecha escalera y al llegar á su última grada sorprendime al encontrarme en una pieza amueblada con esmero, aunque sin ningún lujo.

Perfectamente cuadrada la sala, ostentaba en el centro una mesa redonda de mármol blanco, cubierta con una carpeta de cintas rojas y celestes, arreglada en forma de tablero de ajedrez. Como adornos de ésta estaban allí colocadas, con descuido, una tarjetera plateada y un album de cuero de Rusia para retratos. Otro par de mesitas, también del mismo mármol blanco, pero enadradas, ocupaban, arrimadas á la pared, el costado izquierdo de la sala. Estas no tenían cubierta alguna y veíame sobre ellas, regadas en artística confusión, conchas y caracolos de variadas y caprichosas formas y colores y blanquísimas flores marinas. Colgados de la misma pared, á cierta altura y á corta distancia de esas mesitas, un par de espejos de medio cuerpo reproducían los cuadros que del lado opuesto había, colgados á igual distancia de una ventana cuadrada, por donde entraba una agradable brisa. Uno de estos cuadros representaba el desembarco de Colón en las playas de América y el otro e.

Golden Gate, de San Francisco de California. Al frente, entre las dos puertas que daban á las habitaciones internas, había una mesita china que sostenía una pequeña copia, en bronce, de la afamada estatua de la Libertad que adorna la grandiosa entrada de la bahía de Nueva York. De las puertas caían blancas cortinas de encaje con fondo punzó, y sillas de nogal ocupaban los claros que dejaban los demás adornos. Una hermosa lámpara dorada pendía del cielo raso y una alfombra de lana cubría parte del piso, desde la mesa del centro hasta la salida al balcón, espacio que ocupaban cuatro sillas mecedoras, arregladas en el mismo orden que las que habíamos visto en la cantina del primer piso. El conjunto era sencillo y sobrio y en ninguna parte se veían esos abanicos y figuras de boticas con que en nuestras poblaciones del interior suelen adornar, hasta las familias más acomodadas, sus salones de recibo.

Al contemplar aquella coqueta salita no pude menos que decir á mi amigo Joaquín:

—Sabes que se nota cierto *chic* en esta casa? Todo tiene aquí sabor de gente cuyo oficio no siempre ha sido dar de comer al forastero. Esta familia debe haber visto mejores días.

—Por supuesto que sí me contestó aquel, han sido casi ricas. Mrs. Jackson, cuyo nombre de pila es María Contreras y cuyo primer marido, un tal Gregorio Martínez, padre de las dos chicas que pronto verás, murió dejándole una modesta fortuna. Luego casó en segundas nupcias con un yanqui... pero esa es una larga historia que ellas mismas se encargarán de contarte...

En eso entró la buena señora á anunciarnos que ya nuestro cuarto estaba listo y que podíamos pasar á él cuando gustáramos.

Daba éste al balcón y, amueblado con desconsoladora sencillez, estaba bien lejos de ser lo que teníamos derecho á esperar, después de la *aisance* que habíamos observado en la sala. Un par de catres, entre los dos un aguamanil, al pie de cada cama una silla amarilla, sobre éstas igual número de candeleros con sus respectivas bujías y... pare usted de contar; pero todo muy aseado.

Cambiada la ropa de viaje y, hecha nuestra *oilette*, salimos nuevamente al balcón. Aguardamos, allí sentados, la vuelta de las hijas de Mrs. Jackson, que ya tardaban. Ardía en deseos de conocer á esas jóvenes que, al decir de Joaquín, eran ambas encantadoras.

Ya principiábamos á aburrirnos cuando las vimos asomar por el bosquecillo que cubre el sendero que del pueblo conduce al Sanitarium y al Ancón. Venían, con toda seguridad, de bañarse en el mar y cuando tal hacían, nos había dicho la madre, siempre demoraban más que cuando iban á las pozas. Gustáales jugar en el agua salada y sumergirse bajo las ondas marinas.

Al aparecer, así de pronto, por entre el verde follaje, con sus trajes blancos, sus negras cabelleras húmedas y tendidas sobre sus hombros, y sus desnudos pies, calzados apenas por ligeros zapatos decabritilla, antojóseme encontrar en ellas la viva representación de un cuadro que me impresionó mucho en la exposición de pinturas en París y cuyo recuerdo aún conservaba en la memoria.

Al divisarnos, ya cerca, ocultaron el rostro con las toallas y, en veloz carrera, torcieron por un angosto camino que conducía á la parte posterior de la casa. Las habíamos sorprendido en sus trajes de baño y habíanse avergonzado á nuestra vista.

Poco después nos llamaron para el almuerzo y, ya en el ancho comedor, Joaquín hizo las presentaciones de estilo. Mrs. Jackson y sus dos hijas se habían reunido allí para esperarnos.

—Ricardo, díjome aquel, aquí tienes á las señoritas hijas de Mrs. Jackson, Cecilia y Josefina, de quienes te he hablado. Ahora puedes juzgar, por tí mismo, si los originales no son muy superiores á los retratos que de ellas te he hecho.

—Déjese de bromas, Joaquín, dijo la mayor de ellas interrumpiéndole, siempre anda usted con sus chanzas. Y, dirigiéndose después á mí:

—Estoy segura de que nada de lo que ha dicho á usted sobre nosotras, me dijo, es cierto.

—Por el contrario, la repliqué yo con viveza, si ha mentido en esta ocasión ha sido en disfavor de ustedes. . . .

Iba á continuar cuando se interpuso entre nosotros Mrs. Jackson gritando, más que hablando, y se expresó así:

—El señor es hijo de Don José Corredor, su hijo mayor que se fué á los estudios por allá por la extranjería, el mismo que jugaba tanto con ustedes cuando vino aquí la familia, hace algunos años. ¿No lo recuerdan ustedes? Llegó hace pocos meses de París. Le han estado dando fiebres en Panamá y ahora viene á ver si aquí repone su salud. Joaquín había dado todos estos detalles á la

vieja Jackson en la corta conversación que con ella había tenido á nuestra llegada.

Las muchachas sí me recordaban. ¿Cómo no habían de recordarme? Verdad que entonces era yo muy niño y hacía años que no nos veíamos, mas no se olvida tan fácilmente á los amigos de la infancia.

Durante el almuerzo, que fué esmerado, la conversación rodó, como era natural, sobre mi persona, mi enfermedad y mis viajes.

Se notaba en mi semblante, decían, que había estado muy enfermo, pero esperaban, mejor dicho, estaban seguras de que pronto me restablecería. El agua, el aire que allí se respiraba y los baños de mar eran excelentes para las fiebres palúdicas y cuando yo estuviera mejor me llevarían, de paseo al *Restingue*, al *Morro*, al *Ancón*, á *Taboguilla*, detrás de la isla, á *Pechagra*, á todas partes. Harían todo lo posible por que no me fastidiara y regresara á Panamá completamente bueno y llevando una agradable impresión del pueblo que, aunque no tenía nada de particular, había muchas personas á quienes bastante agradaba pasar allí una temporada.

En cuanto á ellas, pocas amistades tenían. No eran taboganas y no les gustaba reunirse con toda clase de gente. Frecuentaban solo á dos ó tres familias, las Antiguas, las Osorios y las Tejadas, lo mejor del lugar. Cuando estuviera más animado me las iban á presentar. Eran excelentes muchachas. Sobre todo Manuelita Osorio era una chispa. Iba á hacer muy buena cabida con ella; porque se conocía que á mi me gustaba le gente alegre.

Hablamos luego sobre mi viaje y los países que había visitado.

¿Como me había gustado Francia? París debía ser preciosa ciudad.

Era una dicha haber tenido con qué viajar por países tan distintos al nuestro. Allí, según ellas habían oído decir, se gozaba mucho. Había bailes, teatro, paseos, toda clase de diversiones. Así sería sabroso vivir. Mientras que ellas allí, sepultadas en esa triste isla, no vivían, vegetaban.

Una vez, cuando todavía estaba vivo el último esposo de su mamá, se les presentó la ocasión de ir a California.

Nunca había estado yo en San Francisco? Decían que era muy bonito también. Mr. Jackson era de allá y, como iban diciendo, una vez había querido llevarlas con él en su buque; pero su mamá había tenido miedo de cruzar el mar.

Vino entonces la historia del último casamiento de Mrs. Jackson y de su antiguo esplendor que me había anunciado Joaquín.

Después de haber quedado ésta viuda de su primer marido, se enamoró de ella un gringo, capitán de uno de los vapores que van a San Francisco. Libre de sus acciones y con sus dos únicas hijas todavía pequeñas, no tuvo inconveniente alguno en unir su suerte con la de un hombre honrado y trabajador. Casó, pues, con él y, por mucho tiempo, fueron felices. Mr. Jackson había sido muy bueno con todas ellas, y mientras él vivió nunca les hizo falta nada.

Al morir, dejó a Mrs. Jackson la casa en que vivían en Panamá, en la Plaza del Triunfo y más

de mil pesos en "rubias águilas" (1) americanas; pero después, un hermano de aquel les había metido pleito por la casa y se las había quitado.

Eso les había pasado, porque su madre era muy tonta, no entendía de esas cosas y ellas estaban muy jóvenes. Si hubieran estado grandes no era verdad que nadie se habría burlado de ellas.

Viéndose ya sin casa en qué vivir en Panamá Mrs. Jackson resolvió realizar todos sus bienes y se vino a Taboga, en donde había comprado esta casita y se había dedicado a ese ingrato negocio más por hacer algo que por la utilidad que ello le dejaba. Ordinariamente poca clientela tenían, porque ellas no recibían a todo el mundo en su casa. Solo daban hospedaje a personas muy recomendadas y a algunos conocidos.

Todo aquello me lo contaban las dos hermanas a dúo y casi arrebatándose las palabras de los labios, como suelen hacer las mujeres cuando quieren dar como más animación a lo que relatan.

Entretanto yo, al tiempo que las escuchaba, entreteníame en observarlas con atención y hacer en mi mente un paralelo entre esas dos hermosuras verdaderamente notables. La posición que ocupaba en la mesa, frente a ellas, favorecía en mucho mi estudio.

Cecilia, la mayor, era una mujer de unos veinticinco años de edad, de hermosura escultural, bellos y grandes ojos rayados. La cabeza, coronada, por espesos cabellos negros con reflejos bronceados, que llevaba prendidos, hacia atrás, con un

(1) La frase es del Doctor Pablo Arosemena.

peñecito de carey, daban á su rostro cierto aire altanero. La frente angosta, la boca grande, boca incitadora de deseos ardientes, grueso el labio inferior, labio sensual, pequeña la nariz, pero graciosa. Su cuello mórbido lo ceñía, hasta detrás de la espléndida nuca, una cinta de terciopelo negro, de la cual pendía una crucecita de oro que caía sobre su turgente seno casi descubierto. Sus acentuadas curvas y sus anchas caderas demostraban la maternidad exuberante y precoz. Cecilia era casada y había tenido su primer hijo á los dieziocho años. En su conjunto no era una mujer bonita; pero sí podía llamársela hermosa, de una belleza seductora por sus abultadas formas, su cuerpo de Venus homicida, sus ardientes ojos y su sonrisa de coqueta. Una de esas mujeres inspiradoras de violentas pasiones, de esas pasiones que arrastran al hombre al crimen irreflexivo y brutal. Al menos, tal fué la primera impresión que el estudio de Cecilia me produjo y, ahora lo confieso, al principio la tuve miedo.

Belleza muy distinta, belleza casi de ángel era la de su hermana Josefina. Dieziseis á diecisiete años á lo más. Alta, esbelta, de ojos negros, profundos, de mirada centellante, Josefina hablaba directamente al corazón, á lo más recóndito del alma. Nada de sensual en su semblante, si no era el carmín de sus labios de rosa que, en el blanco immaculado de su tez, semejaban dos gruesas gotas de sangre esparcidas en un pequeño campo de nieve. Su cabello era de negra seda y caía en ondas sobre sus espaldas de sílfide. Sus pechos erectos, no desarrollados aún, traslucíanse por entre el fino, holán blanco del corpiño, como dos grandes botones

de clavel apenas entreabiertos y ocultos bajo gotas de rocío. Su cintura, ceñida por fino cinturón de cuero, podía abarcarse con las manos. Cuando hablaba se animaba su rostro y en sus fáciles respuestas se notaba cierta inteligencia, poco cultivada, de que seguramente no tenía ella la culpa. Josefina entusiasmaba de veras y ya presentía que, á su lado, iba á serme deliciosa la vida en Taboga. Cuando nos levantamos de la mesa ya era tarde.

II

A ninguna parte salimos aquel día y temprano nos fuimos á la cama. Joaquín durmió como un bienaventurado; pero yo apenas pude pegar los ojos. Al amanecer del siguiente ya estaba yo en pie. Todos en la casa dormían y, sin hacer ruido salí, dejando á mi amigo en su lecho. No era éste matutino como yo, antes por el contrario, gustaba de las dulzuras de la cama.

—Las primeras horas de la mañana, me decía siempre, son las mejores para el sueño.

Éra mi amigo uno de esos tipos despreocupados que se las dan de escépticos y que toman las cosas de este mundo como se les presentan, sin darse el trabajo de analizarlas. Alto, delgado, la color morona, ojos achinados Joaquín era, sin embargo, de fisonomía simpática. Encantaba con su charla amena y seducía con su erudicción y buen juicio, á pesar de su afectado pesimismo. Jamás había salido de Panamá, pero leía mucho y, lo que él ignoraba de otros países, me lo preguntaba á mi y luego hablaba de ellos como si realmente los

hubiese visitado. Reservado, atento, cariñoso, no había para él mayor felicidad que verse rodeado de mujeres, y en más de una ocasión se empeñó en intrépidas y arriesgadas conquistas, al tiempo que yo buscaba sencillos amoríos.

Me tenía un cariño de hermano y fácilmente se dejaba seducir por mis opiniones, necesitando yo más de sus consejos que él de los míos.

No sabiendo donde ir tan de mañana me dirigí á la playa, de donde se domina la bahía, desde la Chorrera hasta la entrada del Bayano. Al frente tenía á Taboguilla y allá, á gran distancia, se dibujaban, en el azul del mar, los islotes de Flamenco, Perico, Culebra y Naos por entre cuyos claros se distinguían los buques allí fondeados, con sus mástiles que se elevaban en el aire, semejando un pequeño bosque de árboles muertos.

La ciudad de Panamá se escondía detrás del Morro; pero del otro lado, bien lejos, medio oculta en la montaña de tonos blanquecinos y azulados, adivinábase apenas el esqueleto solitario de la torre de la antigua ciudad. Por entre la niebla de la mañana parecía un fantasma envuelto en copos de nieve.

A la derecha, hacia el oriente, casi detrás de Taboguilla, los cambiantes colores de topacio, ópalo y rubí, mezclados en arrebatadora y brillante confusión, anunciaban la próxima aparición del astro rey, el cual magestuoso, pausado, como conviene á su soberana importancia, principió poco después, á asomar su cara de fuego por entre las ondas marinas, reflejando su radiante luz en el agua, que brillaba como un vasto campo sembrado de lentejuelas de oro y plata.

Se alzaba, se alzaba lentamente en el cielo enrojecido, produciendo sorprendentes efectos en el mar, en los lejanos montes y sobre la arena amarilla de la playa. Y á medida que se remontaba en el espacio reducíase su tamaño é iban desapareciendo del cielo, del mar, de los montes vecinos y de la amarilla arena de la playa esos mismos sorprendentes efectos.

Ya sus rayos horizontales herían mi rostro y calentaban mi piel. Y yo permanecía inmóvil, absorto, contemplando ese escenario férico de cambiantes tonos dibujadas por una mano hábil é invisible.

Luego salí al balcón y desde allí ví pasar los muchachos á caballo, sin vestir, descalzos y sin sombrero, cargados de botanas, en las cuales llevaban pan, café y azúcar para el desayuno.

Uno que otro hombre marchaba perezosamente para el monte ó se adelantaba hacia el mar en busca del bote ó panga con que pensaba ganarse el diario sustento de sus hijos.

Largo rato permanecí allí, recostado á uno de los pilares, hasta que salió Cecilia, quién después de saludarme me dijo cariñosamente:

—Qué madrugador es usted, don Ricardo.

—En primer lugar, la dije á mi vez, eso *don* no se aviene con la confianza que ustedes me brindaron ayer y que no creo haber dado motivo para que me retiren hoy.

—Dispéñeme usted, pues, agregó ella con ligera sonrisa, por tan poca cosa no vamos á reñir; pero no creo siente á usted bien, en el estado de debilidad en quo se encuentra, levantarse tan temprano.

Josefina me impidió cometer, quizás, una imprudencia.

Vestía ésta el mismo traje blanco de la víspera; pero en lugar de llevar el pelo suelto había enrollado sobre su cabeza en forma de cono y en su centro llevaba, prendido con coquetería, un clavel punzó. Estaba radiante de hermosura.

Saludóme, primero con una ligera inclinación de cabeza y luego, al desplegar sus labios para darme los "buenos días", hízolo con tanta gracia que no pude menos que decirle:

—Está usted encantadora con ese peinado. Le sienta á usted muy bien.

—¿De veras?, me preguntó con sencillez, al tiempo que sus mejillas tomaban el mismo color encarnado de sus labios.

Después de algunos minutos entró Cecilia á servir el café, (era ella quién se entendía en esos asuntos), dejándonos solos á Josefina y á mí. Invitóme ésta á salir al balcón.

Sacamos un par de sillas y nos sentamos de cara al mar. Por largo rato nada nos dijimos. No sé porqué, en aquel momento, al verme solo, frente á esa jóven que me miraba con insistencia, no pude articular palabra alguna. Acababa de hablar corrientemente con su hermana. A la misma Josefina venía de complimentarla por su peinado en presencia de Cecilia y ahora, sin saber por qué, no tenía frases con que dar principio á una conversación. En realidad nada encontraba que decir y era eso extraño en mí que jamás había sido tímido con las mujeres.

Igual cosa pasaba á Josefina; pero yo comprendía que era á mí á quién tocaba romper ese estúpi-

do silencio. Lo que en ella era excusable, por su falta de roce social, no podía perdonarse en un joven como yo, que había dado la vuelta á medio mundo.

Contemplaba, casi con impertinencia, á mi jóven compañera y me deleitaba en esa muda contemplación. Quería hacerla algún nuevo cumplido, pero no encontraba palabras con que expresar lo que deseaba y no me atrevía á decir lo que sentía. Y, lo repito, esto era extraño en mí.

Desde el momento en que, por vez primera, conocí á Josefina, desde el día anterior, cuando la vi venir por entre el monte con su hermana, sentí una sensación indescriptible, un vago presentimiento de que aquella jóven, con sus ardientes ojos y sus labios de coral, ejercería una gran influencia sobre mi vida. Y al decir momentos antes á Cecilia que había dormido como un ángel había mentido. No había cerrado los ojos esa noche pensando en ella.

El silencio se prolongaba. De seguro la impresión que produjo sobre las dos hermanas esa mañana fué bien distinta, como lo fué también las que ellas produjeron en mi espíritu. Tuve que parecerle á Cecilia un sabio y á Josefina un idiota.

En cuanto á ellas, Cecilia representaba para mí la mujer ardiente, apasionada que uno desea para saciar brutales apetitos. La mujer que sirvo para querida, porque á su lado se saborean todos los placeres mundanos y se satisfacen todos los deseos de la carne.

Josefina, en cambio, era la mujer ideal, la jóven poética, cuyas miradas se clayan profundamente en el corazón y cuyo nacarado rostro, una vez

visto, jamás podía olvidarse. Josefina era toda alma, todo amor—y amor inspiraba. Cándida como una paloma recién salida de su nido, pura como el agua destilada, inocente como el beso de una madre—Josefina estaba hecha para ser amada y ser también el encanto del hogar. Cecilia para brillar en los salones y ser la mujer de todos, menos la de su marido.

Fueron esas mis reflexiones del momento, modificadas más tarde, favorablemente, con respecto á la última.

Continuaba el mutismo entre los dos cuando Joaquín vino, por fortuna, á sacarnos de tan tonta situación.

Bajó silbando. Saludó á Josefina, tomó una silla y se sentó entre los dos. Entonces él solo hizo el gasto de la conversación mientras venían á anunciarnos que el café estaba servido.

Tomado éste volvimos á la cantina, donde permanecemos charlando, hasta la hora de almuerzo. Animado por la presencia de Joaquín había recordado mi aplomo y hablaba ya con toda naturalidad.

Nada nuevo ocurrió durante el resto del día.

Al caer la tarde salimos á dar una vuelta por el pueblo.

Este que, visto desde el mar, presenta tan bello aspecto, tiene muy poco de agradable en su estructura interior. Sin calles, lleno de piedras por todas partes, es imposible dar allí un paso sin exponerse uno á romperse el baustismo. Las casas, han sido edificadas en el más completo desorden.

Ni los propietarios, ni los constructores consultaron jamás plano alguno.

Donde encontraron un claro, allí plantaron una vivienda. Por eso se ven casas construidas sobre el mar y por eso se columbran, desde lejos, bohíos que parecen como inerustados en el monte.

Taboga me produjo todo el efecto de esas famosas decoraciones de teatro con que se engaña la vista de los espectadores. A cierta distancia y de noche el efecto que producen es soberbio, completa la ilusión. Tan pronto es el suntuoso salón de un régio palacio, iluminado con profusión de luces y adornado con espléndidos cuadros, ricas tapicerías y lujosas colgaduras. Ora un extenso bosque de frondosos árboles que cubren con su sombra anchas avenidas de arena. O bien un hermoso jardín que ostenta las flores de todos los países y climas conocidos.

Todo esto se ve de fuera en los teatros, en el lugar que ocupan los que pagan para que se les engañe. En el interior, dentro de bastidores, el espectáculo es bien distinto. Gruesas telas con groseros dibujos, sillas rotas, sogas, cadenas, maquinarias, todo un infierno para representar quizás el cielo mismo. Tal es Taboga.

Todas las casas, ó casi todas son de madera y tejas, regularmente construidas y aseadas en su exterior. Hay una que bien podía ocupar el centro de nuestra capital. Es de dos pisos y tiene anchos corredores y espaciosas y ventiladas habitaciones. Ocupa también uno de los sitios más pintorescos de la isla.

Como he dicho ya, por todas partes abundan las piedras de todos tamaños, desde los pequeños

guijarros de la orilla del mar, hasta las enormes peñas de los más elevados lugares del corro. Hay algo que llaman plaza y una iglesia que carece de cura la mayor parte del tiempo.

Taboga adelanta cada día. Todos los años se ven surgir nuevas casas, algunos de los malos paños se han compuesto y hay ya un regular alumbrado público. Si se hubiera tenido más cuidado en su construcción Taboga, por dentro y por fuera, sería un verdadero paraíso.

Por donde quiera que pasábamos Joaquín y yo veíamos siluetas de jóvenes, medio ocultas detrás de las puertas ó ventanas entreabiertas, que nos observaban con curiosidad; pero con una monería que no debían gastar gente que están en roce constante con panameños y extranjeros.

Por las calles solo transitaba uno que otro hombre con los pies descalzos y muchachos en camisa.

Cuando regresamos á la casa preguntóme Cecilia cómo me había parecido el pueblo.

—No es verdad qué es muy feo?, me dijo.

—Por el contrario, la repliqué, he quedado encantado con él.

Mentía, pero mi educación no me permitía decir la verdad.

Fué mi primera impresión de Taboga de lo más desagradable que darse pueda. Después modifiqué mucho mi opinión á este respecto, pero debo confesar que á ello contribuyó poderosamente Josefina.

III

Por muchos días llevamos Joaquín y yo una vida arreglada y tranquila en Taboga. Nos bañábamos por la mañana en el mar, por la tarde en el agua dulce de las pozas; y esos baños, el aire puro que respiraba, el exquisito trato de la familia Jackson, la compañía de Josefina y la satisfacción general de mi alma concluyeron por restablecerme completamente.

Al principio Josefina y yo apenas osábamos dirigirnos la palabra; pero constantemente, cuando estábamos reunidos con el resto de la familia, se encontraban nuestras miradas y nuestros ojos expresaban lo que no se atrevían á balbucear nuestros labios.

Poco á poco fué rompiéndose el hielo que existía entre los dos, hasta que llegamos á tratarnos con entera confianza.

Cecilia y Mrs. Jackson me mostraban verdadero cariño. No había más huéspedes en la casa que Joaquín y yo y vivíamos, puede decirse, como en familia.

Josefina y yo adquirimos tal intimidad que concluimos por no separarnos un solo instante.

Joaquín, por su parte, dividía sabiamente su tiempo entre Cecilia, la lectura y el billar. Aparataba una solemne indiferencia á todo lo que le rodeaba; pero en vano se esforzaba por ocultarme lo que pasaba en el interior de su alma. El billar y la lectura eran meros pretextos para no fastidiarse cuando no podía estar al lado de Cecilia. Esta, después del desayuno, veíase obligada á ayudar á su madre en los quehaceres domésticos.

Entonces Josefina y yo quedábamos solos en el saloncito de la cantina y allí hablábamos por largo rato de cosas triviales, insignificantes, que no tenían más interés que el que les brindaba nuestra propia situación.

A veces, cuando ya no teníamos que decirnos, tomaba yo un libro de los muchos que había llevado, casi todos novelas, y leía en alta voz capítulos enteros.

De cuando en cuando nos complacíamos en encontrar gran semejanza entre los protagonistas de esas historias y nosotros y, cuando llegaba á algún paraje de elocuente ternura, al concluir el párrafo, abandonaba el libro y la miraba fijamente para ver el efecto que en ella producían las frases del autor. Ella entonces alzaba hácia mí sus grandes ojos negros y nuestras miradas se hablaban un lenguaje desconocido para mí.

Por las noches, cuando estas eran claras, bajábamos á la playa y allí nos entreteníamos en enlazar nuestros nombres, al escribirlo sobre la húmeda arena.

Cuando, sobre esa misma arena y bajo los rayos de plata de una espléndida luna, nos sentábamos, con las demás amigas á pasar el tiempo en juegos de prenda éramos siempre los dos los que más perdíamos y ella se despojaba de sus adornos para darlos en pago de nuestra distracción. Deslizábanse así los días y tras ellas las noches bonancibles.

Era nuestra vida de lo más feliz y apacible. De día siempre juntos, salíamos por la tarde á pasear con algunas amigas.

Un domingo, vinieron las Antiguas y las Osorios á invitar á las Jackson para dar un paseo por el Morro y la Restinga.

Era de tarde y no había inconveniente alguno en aceptar la invitación. Hechas, pues, las presentaciones de estilo salimos. La marca vaciaba y resolvimos ir por la playa que era más agradable; luego regresaríamos por el pueblo.

Adelanto marchaban Manuelita Osorio, que era en realidad, muy alegre, con su novio. Seguían los Josefina y yo, divertidos en introducir nuestros piés en los huecos que sobre la arena dejaban sus zapatos.

Detrás venían los demás miembros de la comitiva y cerraban la marcha los graves personajes de Joaquín y Cecilia.

A veces nos agachábamos á recoger piedrecitas chatas que lanzábamos con fuerza al mar, haciendo apuestas sobre quien las hacía dar más bríncos en el agua. Josefina se recreaba inmensamente con este infantil pasatiempo y yo gozaba viéndola á ella tan satisfecha.

Sobre el montón de peñas negras que separan á Playa Grande de Playa Honda, saltábamos, como gamos, asidos de la mano. Era aquello un verdadero juego de muchachos, un retroceso á los primeros años de nuestra vida.

Manuelita Osorio y su novio hacían como nosotros; las demás, personas serias, nos seguían tranquilamente.

Joaquín y Cecilia habíanse quedado á una respetable distancia, onsimismados en íntima conversación.

Pronto llegamos al segundo grupo de piedras negras donde van á tomar agua los vaporcitos del Ferrocarril y allí tuvimos que trepar las escaleras, casi naturales, que de la playa conducen al *mal paso*, pequeño paraje oscuro, sombreado por espeso follaje, y entramos en un delicioso lugar, completamente plano, sembrado de coposos árboles de tamarindo.

—¡Qué precioso es ésto!, dije á Josefina.

—¿Le gusta?

—Muchísimo más que el mismo pueblo.

—Sí, es más bonito; pero no tan sano como aquel, agregó ella como herida en su orgullo lugareño, pues los habitantes del pueblo de Taboga no pueden tolerar que los forasteros encuentren el caserío de lo que ellos llaman el *Restingue* ni siquiera más agradable á la vista.

Comprendiéndolo así corregí mi primera afirmación diciendo á Josefina:

—Claro que el pueblo es mucho más sano y más agradable; pero, después de tantá piedra, sorprende encontrar un lugar tan plano.

—Sí, es lo bueno que tiene este sitio.

Dimos unos cuatro pasos y nos detuvimos al pié de los grandes tanques colorados donde se deposita el agua para los vapores del Ferrocarril.

—Mire usted, me dijo entonces Josefina, señalando con el dedo unas cuantas casuchas que, por entre los troncos de los árboles, se veían á corta distancia de nosotros, allí está el pueblo.

Desde el lugar en donde estábamos antojóseme ver en esas casitas bajas, pintadas de diversos colores, agrupadas en una sola hilera y medio escondidas detrás de los árboles de tamarindo, una

abultada imitación de esos casuchitos que se colocan en los *Nacimientos* de noche buena tras arbolitos de madera, y así lo manifestó á mi dulce compañera, la cual, sonriente, me contestó:

—A todo encuentra usted un parecido poético. Razón tenía Cecilia en decirme que me esmerara mucho en el decir cuando estuviera á su lado, porque tiene usted un modo de apreciar las cosas muy distinto al de todos los demás jóvenes de su edad que ella ha conocido.

Y al decir tales palabras volvió hacia mí sus incomparables ojos.

—No dudo que su hermana haya, en más de una ocasión, encontrado extraña mi manera de pensar. Casada, como lo está, con un americano, necesariamente tiene que haberse acostumbrado á las ideas de su marido, y ya usted sabe que, para los *yanquis*, el trabajo material lo hace todo.

Pero usted, Josefina, usted que es todavía muy joven, con su vírgen corazón, usted no puede, ni debe tener ideas tan prosaicas. No hay duda de que el trabajo es la base de la felicidad humana pero la poesía es el alimento del amor y el amor todo lo fecunda.

Al pronunciar aquella palabra *amor* bajó los ojos que, mientras yo hablaba, había mantenido fijos en mí y sentí su mano temblar entre la mía. Inconscientemente habíamos continuado marchando, desde la playa, cogidos de la mano.

Seguimos andando y pronto nos encontramos á la entrada del pueblecillo.

Allí, unos cuantos hombres, vestidos de blanco y con los pies descalzos, se entretenían en un jue-

go, extraño y desconocido para mí, que Josefina me dijo llamaban *bolos*. No encontrando en él interés alguno y aturcidos por la eterna algazara que formaban, seguimos adelante y entramos á la única calle con que cuenta este caserío, calle perfectamente recta y aseada, formando agradable contraste con el pueblo.

A las puertas de las risueñas casitas había grupos de hombres que charlaban, fumaban ó tocaban acordeón, sentados en taburetes de cuero ó sillas de paja recostados á la pared.

Por la calle paseábanse alegres morenitas, vestidas de *polleras* de diversos colores, cuyas camisas dejaban en descubierto sus robustas pecheras y anchas espaldas. Los pies, sin medias, calzaban zapatos ajustados de raso celeste, amarillo ó punzó en armonía con los colores de las mismas *polleras*. Blancos jazmines, rosas y claveles adornaban sus cabezas y gruesos zarcillos de oro y cadenas del mismo metal pendían de sus orejas y colgaban de bronceados cuellos.

De ahí pasamos á la verdadera *Restinga* cuyo fondo de arena deja en descubierto la baja marea y á cuya extremidad se alza el *Morro*, peñón completamente cubierto de verdura en donde estuvieron establecidas, en época no lejana, las oficinas y talleres de la *Compañía inglesa de vapores*.

En un tiempo estuvo fortificado por los españoles y aún se ven allí, restos de los cañones de aquellos tiempos.

Un camino, casi todo de piedra, construido por los ingleses, conduce por entre el bosque, á lo más elevado del peñón.

La perspectiva que allí se presenta á la vista es soberbia. Se divisa casi toda la extensa bahía, salpicada de islas, que brotan del mar con más ó menos arrogancia. Taboga, Taboguilla y Urabá se alzan magestuosas en medio de todas ellas, satisfechas de su exuberante vegetación y superioridad territorial, mientras que Melonos, Venado, Tórtola y Tortolita apenas si se atreven á asomar, por entre las olas, con las cuales juega la brisa de la tarde, sus cabezas de verde cabellera. Diríase que miran á sus hermanas mayores con envidia.

Al lado del grupo de Flamenco y Naos, hacia la izquierda, pero más lejos, se vó la ciudad de Panamá, la histórica, la gallarda ciudad con sus techos dorados por el sol poniente, sus elevadas torres, sus murallas en ruina, su cromatorio humeante y la masa enorme del Ancón.

Completamente hácia el oeste se alza la elevada cadena de montañas que limita de ese lado, el gran golfo, mientras que los cerros del Ancón tabogano, el Vigía y otros detienen la vista por el sur; y del lado del poniente el cielo parece juntarse con el mar.

El astro de la tarde, ya casi al despedirse de nosotros, arroja sobre todo ese cuadro sublime, su luz mortecina. Y yo, entusiasmado ante la grandeza de ese panorama, digo á mi hermosa compañera:

—Cuán bello es todo esto, Josefina, y cuán dulce me sería vivir aquí, al lado de una mujer que me amara y quisiera compartir esa dicha conmigo.

Y mientras tal decía la miraba fijamente en el rostro de blanco terciopelo para ver la impresión que en ella producían mis palabras.

—¿Y acaso es eso tan difícil para usted?, me preguntó, sin atreverse á sostener el fuego de mis ojos; siendo usted rico y jóven?

—Nada valen la riqueza y la juventud, la repliqué, cuando no se tiene el talento suficiente ni la dicha de interesar á la mujer á quien en suerte ama el corazón.

—¿Luego entonces, ama usted ya en secreto á alguna?, volvió á preguntarme con dulce y apagada voz, clavando en mí con un movimiento involuntario, sus ojos de mirada refulgente.

Fué tal el efecto que en mí produjeron esa voz y aquella mirada centollante, lanzada así en medio de todo ese grandioso panorama que, con mis manos convulsas así sus manos frías, la atraje violentamente hácia mí é impulsado por una fuerza sobrenatural, quizás por la pasión frenética que me abrasaba, intenté quemar su blanca frente con mis labios de fuego. . . . Una estrepitosa carcajada paralizó todo mi sér. Me había creído sólo y Manuelita Osorio y su novio venían á pocos pasos de nosotros.

. . . . Ignoro si Josefina llegó á sospechar siquiera lo que por mí pasó en aquel instante. Solo sé que se quedó inmóvil como una estatua, que bajamos silenciosos la pendiente del Morro y que, por todo el camino, hasta llegar á la casa, no volvimos á decirnos una sola palabra.

Por la noche, ya en mi cuarto y mientras Joaquín roncaba como un bienaventurado en su cama,

yo en la mía, sin poder coger el sueño, repasaba en mi mente los acontecimientos de esa tarde y las consecuencias que para mí podría tener la interrumpida escena del Morro.

Indudablemente algún sentimiento extraño había conmovido mi alma, algo que yo había querido ocultarme á mí mismo por mucho tiempo y que los chispeantes ojos de Josefina y los destellos de su mirada ardiente habíamne revelado en medio del entusiasmo de aquella tarde. ¿Era acaso el amor, el amor intenso que por ella sentía y que escrupulosamente había guardado mi corazón, amor ignorado hasta de mí mismo y que solo las circunstancias y el espléndido escenario que contemplamos desde aquel islote, nos había hecho descubrir á ambos en un tiempo?—¿O era tan solo un sentimiento natural de imaginaciones exaltadas ante los grandiosos espectáculos de la naturaleza?— Parecíame á veces lo primero y quería engañarme creyendo lo segundo. Y sin embargo, allí tendido de espaldas en la cama, mirando al techo, sentía aún palpitar con violencia el corazón.

Y luego me decía:—¿Y si yo amase en realidad á Josefina; y si yo efectivamente sintiese por ella una pasión frenética que jamás creí pudiera inspirar su rostro de vírgen púdica; qué sucedería?

—¡Insensato! me gritaba entonces una voz oculta en mi conciencia. No ves que ese amor es imposible? No comprendes que tus padres jamás consentirán en él? Que la sociedad tiene sus exigencias y rechaza de su seno á los desheredados de la fortuna?

Y comprendí que esa voz tenía razón y ví las figuras de mis padres, de mis idolatrados padres,

alzarse graves y solemnes é interponerse entre esa jóven que no tenía puesto en la sociedad y yo. . . . Y maldije esa sociedad injusta y egoísta que engendra tantas desigualdades.

Mas, qué me importaba á mí esa sociedad? ¿Había tenido jamás necesidad de ella? Y además ¿no era rico? Y el dinero no lo podía todo en este mundo? Josefina en mis brazos no podía codearse, en los salones del Club, con las más elegantes damas de nuestra sociedad? Ella era pobre, verdad; pero también era honrada y tenía para mí que la honradez y la virtud eran las más preciosas joyas con que podía adornarse una mujer.

Y entonces volvió á decirme otra voz que no era ya la de mi conciencia, sino la del raciocinio convencional:

—Todo eso es cierto pero, con tales argumentos, no llegarás jamás á convencer ni á la sociedad, ni á tus padres. Por lo mismo que eres rico y que tus padres han gastado una fortuna en educarte, la sociedad y ellos exigen que les devuelvas, la una, lo que has aprendido en su seno, y los otros lo que tienen derecho á esperar de tí. No se educa á un jóven como tú para que vaya á sepultar su sabor en un pueblo como Taboga, ni á arrojar su vida en los brazos de la primera jóven inculta que seduce su corazón con miradas tentadoras. Esperan, con razón, verte unido á una mujer de tu clase; y tú no tienes derecho para destruir sus esperanzas. Además, ¿quién te dice que el amor que tú crees sentir ahora por esa jóven sea verdadero? ¿quién te asegura que esa pasión sea extraña? Tu imaginación exaltada de poeta te hace á menudo amoldar las cosas á tus propios sentimientos.

El día me sorprendió en esa lucha sostenida entre mi corazón, el sentimiento que creía experimentar por Josefina y mi conciencia.

IV

Eso día debía partir Joaquín para Panamá. Una carta que había recibido la noche anterior lo llamaba con urgencia. Hacía tiempo que estaba sin empleo y ahora se lo presentaba la oportunidad de colocarse en la Empresa del Canal.

Quise acompañarle en su viaje, pues la noche de insomnio y el estremecimiento que había sentido esa mañana al saludar, como de costumbre, á Josefina, habían llevado á mi alma el convencimiento de que la amaba entrañablemente. Y si ella, como lo temía, correspondía con la misma intensidad á mi pasión ¿qué iba á ser de nosotros?

Al encontrarme frente á frente con la realidad, comprendí que mis padres jamás consentirían en que yo diera mi nombre á una jóven que considerarían inferior á mí en todos sentidos; y yo los amaba demasiado para darles el disgusto de unirme con una mujer que no fuera de su agrado.

Comprendía, además, que todos mis estéticos razonamientos se desplomarían ante su soberana voluntad de padres que habían hecho tantos sacrificios para colocarme en la euvidiable posición que yo ocupaba en la sociedad panameña. No eran éstos aristócratas, pero sí conservaban ciertos escrúpulos sociales, esas vanas preocupaciones de las cuales todavía no han podido desprenderse ni aún las sociedades mejor constituidas.

Y en cuanto á la perspectiva, que algunos jóvenes en mi lugar habían acariciado, de hacer mía á Josefina por otros medios que no fueran los sancionados por las leyes y las buenas costumbres, era cosa que no entraba, ni podía entrar, en mi cerebro. Todavía mi corazón no se había corrompido al contacto de los placeres mundanos y yo condenaba con severidad á esos jóvenes que viven clandestinamente con mujeres que no han considerado aptas para esposas y tienen con ellas hijos á los cuales no dejan, después de su muerte, ni siquiera su nombre por herencia.

Entonces lo mejor era partir, partir con mi amor sin que Josefina llegase á comprender sus sospechas. Todavía era tiempo, puesto que entre los dos no había compromiso alguno ni siquiera habíamos hablado sobre este asunto. Pero Joaquín se oponía á que yo abandonara la idea.

—Todavía no estás en aptitudes de volver á emprender tu rudo trabajo y á tus padres no agrada que vuelvas á enfermar.

—Pero si ya me encuentro completamente restablecido, le replicaba yo á mi vez.

—Nada, volvía él á decirme, no puedes irte y tienes que quedarte.

Admirada toda la familia por mi empeño en efectuar un viaje en que ni siquiera había pensado la víspera, uníanse á Joaquín para suplicarme que me quedara con ellas algunos días más.

Larga fué entonces la lucha que se empeñó entre Mrs. Jackson y Cecilia de una parte, y yo. Alegaba miles razones para convencerlas de que debía partir, razones que Joaquín refutaba victoriosamente, diciendo que era mero capricho mío.

Tan obstinado me mostraba yo, empero, que llegaron á imaginar algún disgusto entre Josefina y yo, y me suplicaron de tal modo que me quedara que tuve que darles gusto para no pasar á sus ojos como un joven ingrato y poco atento con las damas.

Partió, pues, mi amigo, dejándome sumido en las mismas reflexiones de la noche anterior.

Como no me sentía con humor para entrar en conversación con persona alguna, pretexté un fuerte dolor de cabeza y subí á mi cuarto.

Traté de leer, pero los negros caracteres del libro se presentaban en confusión ante mis ojos, como horripilante reproducción de una danza macabra. De las ciento y pico de fojas que traté de recorrer con la mirada, nada pude entender. Mi imaginación vagaba por muy distintas regiones de las que describía el autor del libro que tenía en las manos.

Preocupábanme seriamente los acontecimientos de la víspera. Hasta entonces no me había dado cuenta de que amaba de una manera formal á Josefina. En mi inexperiencia de estos asuntos había creído que el sentimiento que ella me inspiraba era el de una sincera amistad, tanto más estrecha cuanto que unos mismos eran nuestros gustos ó iguales nuestros pensamientos. Siempre tuve lejos de mí la idea de que, después de haber visitado á Nueva York, Londres, París y las principales ciudades de Europa y haber cultivado relaciones con un sin número de jóvenes bellas, ricas y educadas con esmero, vinieran á turbar mi reposo los negros ojos de una doncella que ocultaba su hermosura en las soledades de una isla de nuestro mar.

Y ahora que comprendía que la amaba volvía á atormentarme la idea de que mis padres fueran á oponerse á ese amor.

Para nada tomaba ya en cuenta la cuestión social. Mis arraigadas ideas democráticas me marcaban claramente el camino que debía seguir. Pero sí, preocupábame sobremanera el disgusto que daría á mis padres. ¿Qué dirían ellos si yo me dejaba arrastrar por esa pasión y, en mi delirio, ofrecía mi mano á Josefina? ¿Era así como debía pagar sus desvelos? ¿Era así como iba á destruir sus más caras esperanzas, las ambiciones de sus amantes corazones? No, no era esto digno de un hijo que amaba y debía obediencia á sus padres. Por grande que fuera mi amor yo no debía contrariar su voluntad. Sepultaría esa pasión en el olvido y si esto no era posible, la aprisionaría dentro de mi propio ser y nadie, ni el mundo, ni mis padres, ni la misma Josefina llegarían jamás á penetrar los sentimientos de mi alma.

Resolví, pues, tratar en adelante á Josefina como una simple amiga de la infancia, evitar toda palabra que pudiese comprometerme á su lado y revelarla lo que pasaba en mi interior. Si necesario era llegaría á mostrarme hasta indiferente con ella y, para hacerla perder cualquiera ilusión que pudiera conservar á este respecto, fingiría amor por una de sus amigas.

Pero, ¿tendría valor para ello? ¿Tendría jamás fuerza suficiente de voluntad para permancecer indolente ante la figura de Josefina, blanca como el armiño y pura como la gota de rocío? Podría jamás volver á contemplar aquellos lindos ojos, de

mirada centellante, sin que temblara todo mi ser; y aquella boca, cuyos labios, rojos y húmedos, habían sido hechos para el beso eterno, indeleble, de un amor inmortal?... Era preciso ensayar y si no conseguía lo que me proponía partiría inmediatamente para Panamá.

Ese día tomé todos los alimentos en mi cuarto y á la mañana siguiente, cuando descendí á la cantina, la primera persona á quién encontré fué á Josefina, la cual con el mismo cariño de siempre y en completa quietud me dijo:

—¿Tanto así quería usted á Joaquín que su ausencia lo ha enfermado?

—No, la respondí, tratando de aparentar una calma que estaba muy lejos de sentir. Mucho quiero á Joaquín, es verdad, y su ausencia no deja de extrañarme; pero yo sufro mucho de la cabeza y ayer estuve perdido.

—¿Pero ya está usted mejor?, me preguntó con interés.

—Sí, mucho mejor, gracias, volví á responderla con afectada indiferencia.

Cecilia y Mrs. Jackson entraron á su vez é hicieronme iguales preguntas á las cuales dí idénticas respuestas.

Después del desayuno salí á bañarme. Fui al baño del ancón, baño delicioso formado por una ensenada microscópica, cuyo fondo de arena y conchas se vé perfectamente desde el bote, á través de la diafanidad del agua pura y abundante.

A una de sus orillas, al pié del cerro del mismo nombre, hay un pocito, cavado en la misma roca, que cubre, en su flujo, la marea y que tiene la

particularidad de llenarse de agua dulce cuando ésta baja.

Después del baño me interné en la montaña espesa que sirve de fondo á la pequeña bahía.

Un par de robustos mocetones venían por el camino que yo había tomado, cargados con sendos motetes llenos de piñas. Compréles una media docena, que me vendieron, después de mucho ruego y que convinieron en dejarla en casa de Mrs. Jackson. Lo primero no es extraño en Taboga; lo segundo es sorprendente.

Luego seguí remontando el cerro sin saber donde me dirigía. Quería dejar correr el tiempo hasta la hora del almuerzo y evitar así el encontrarme á solas con Josefina. Desconfiaba de mí mismo y no deseaba quebrantar mi resolución.

Proseguí mi ascenso y, de pronto, me encontré en un pequeño y delicioso lugar, sombreado por coposos árboles de mango y, más allá, descubrí una diminuta pradera.

Allí principió el descenso hasta el otro lado de la isla, desde donde se divisan *Chamá, Valladolid, Otoque y Boná*, la punta y cerro de Chame, los cerros de *Capira y Cermono* y, casi á flor de agua, el islote de *Taborcillo*, detrás del cual queda la entrada del puerto de los dos últimos pueblos. La vista, desde allí es sublime; pero el estado en que se encontraba mi espíritu formaba desconsolador contraste con lo alegre y variado de ese panorama.

Tranquilamente volví sobre mis pasos y regresé á la casa.

En el almuerzo estuve silencioso y triste. Apenas me atrevía á mirar á Josefina. Las piñas que

había enviado y que pusieron en la mesa, á pesar de que mucho me gustaban, ni siquiera las probé.

Mrs. Jackson y Cecilia hacían grandes esfuerzos por animarme y se perdían en conjeturas, admiradas de que la simple ausencia de un amigo, que pronto volvería á ver, produjera un cambio tan completo en mi modo de ser, y en vano se esforzaban por averiguar la verdadera causa de mi tristeza. Yo estaba resuelto á no dar explicación alguna, porque tampoco tenía ninguna plausible que dar.

No extrañaba menos Josefina mi conducta y, al ver la confusión en que tenía á toda la casa, sentíame verdaderamente apenado y entrabánnme, con frecuencia, ansias de rasgar ese velo de tristeza que no me era peculiar. Pero mi resolución estaba tomada y debía ser inquebrantable.

Cuando subí á mi cuarto traté, como el día anterior, de leer; pero, como el día anterior, las letras saltaban ante mis ojos.

Evidentemente, en tales condiciones, mi posición en aquella casa era insostenible. Lo honrado de mis intenciones con respecto á Josefina y el amor entrañable que sentía por ella, tanto más ferviente cuanto más me esforzaba en ocultarlo, estaban en absoluta discordia. Dejándome guiar por mi pasión, presentía que disgustaría á mis padres y el cariño que á éstos tenía era un poderoso obstáculo á los demás sentimientos de mi alma.

Amar á Josefina sin esperanzas de obtenerla, era sacrificar su porvenir y consumir mi existencia al calor de una ternura incondicional; y apoderarme de su corazón sin escrúpulos de ninguna clase, in miramientos al honor y á mis principios era

infame, era una bajeza que consideraba solo digna de personas educadas en el fango de los lupanaros.

Había creído poder armonizar la situación aparentando una completa indiferencia á su lado; pero, como sucede siempre en estos casos, exageraba mi papel y solo conseguía atormentarme más y mormortificar á la familia.

La misma Josefina, viendo que sus esfuerzos por volverme á mi habitual contento eran estériles, y herida en su amor propio, había concluido por mostrarse, á su vez, indiferente conmigo. Y esto agravaba mi posición en el seno de aquella familia, cuyo cariño y hospitalidad pagaba con tan aparente indolencia.

Un frío glacial reinaba ahora en nuestras relaciones y yo comprendía que, en vista de todas las razones expuestas en las anteriores páginas, lo más prudente y acertado era poner el mar de por medio. La partida se imponía, pues.

Nuevamente participé á la familia mi intención de regresar á Panamá; pero ésta se opuso rotundamente á mi viaje y, apoyadas en una reciente carta que mi padre les había escrito, donde les manifestaba el deseo de que yo permaneciera en la isla algunos días más, se empeñaron tanto, otra vez, en que no las abandonara que me sentí desarmado por el cariño que me mostraban y tuve que complacerlas. Insistir en mi viaje habría sido el colmo de la ingratitud.

Pero entonces adopté otro plan para ver si así podía desviar mis pensamientos de la imagen de Josefina. Buscaría toda clase de diversiones, haría la corte á todas las muchachas del pueblo y

así no tendría tiempo para pensar en mi infortunio.

Poro resultó que, no teniendo allí más conocidas que las íntimas amigas de las Jackson y, siendo Manuelita Osorio la mejor y más corriente de ellas, cometí la imprudencia y la tontería de galantearla, cuando era ella justamente la que menos so prestaría á aparecer como rival de su más querida amiga, que era, al mismo tiempo, su confidenta. Así, pues, como se verá más adelante, en pocos días quedó frustrado mi plan y siguió mi existencia rumbo distinto.

Días hacía que iba con bastante asiduidad á casa de las Osorios y pronto llegaron éstas á sospechar que algo había pasado entre Josefina y yo.

Un domingo fuimos á dar un paseo á Taboguilla.

Por la tarde, temprano ese día, bajé á la playa y, por un precio fabuloso, alquilé uno de los mejores botes de quilla del puerto.

A las cuatro todo estaba listo.

Llegaron las Osorios acompañadas de un joven llamado José á quien ya conocía. Reunieron á las Jackson y juntas subieron al bote y tomaron asiento en él. José ocupó la proa para ayudar á manejar las velas en caso necesario y el único marinero que llevábamos se acurrucó en el fondo de la nave.

Principió ésta á balancearse sobre el agua; luego deslizóse tranquilamente por el azul elemento, impelida por una suave brisa, apenas perceptible, que inflaba la vela como con timidez.

Manuelita y Josefina iban sentadas una á mi derecha y la otra á mi izquierda. Ambas llevaban

ueltas sus cabelleras. Anchos sombreros de paja amarilla cubrían sus cabezas.

El pelo de la Osorio era lacio y caía recto, sin formar ondas, sobre sus espaldas. Su mirada era tierna y cuando reía sus dientes semejaban dos hileras de perlas habilmente alineadas, cosa bien rara en Taboga, en donde el agua ferruginosa hace perder pronto la dentadura. Manuelita no era tan bella como Josefina; pero su rostro agradaba y entusiasmaba su conversación. Para no pensar en la segunda procuré consagrar toda mi atención á la primera.

Entre tanto, al impulso de la ligera brisa de la tarde nos alejábamos de Taboga al paso que nos acercábamos á Taboguilla.

El tiempo era delicioso, pero nuestro andar pausado. La embarcación apenas se movía y si no refrescaba la brisa no llegaríamos al término de nuestro viaje en toda la tarde. Comprendiéndolo así invité á tomar los remos á José y bogamos por más de media hora.

Josefina y Manuelita quisieron sucedernos en esta operación: pero las pobres apenas podían con los remos y, como sucede á los que no están acostumbrado á este ejercicio, ó los introducían demasiado en el agua, ó apenas alcanzaban á hendir el aire con sus palas.

En el primer caso teníamos José y yo que sacarlas de apuros y en el segundo ibanse solas de espaldas con cómico ademán.

En uno de esos movimientos fueron á dar al fondo del barco. Yo me apresuré á ayudar á levantarse á Manuelita, mientras que José corría á socorrer á Josefina.

En ese instante una ráfaga, uno de esos inesperados golpes de viento que se sienten, á veces, cuando el mar está en calma, hizo corcovear la embarcación que por un momento había quedado sin gobierno, ó involuntariamente Manuelita y Josefina, quienes habían vuelto á tomar sus puestos á mi lado, se agarraron de mí para no caer nuevamente en el fondo del bote. Así, entre esas dos jóvenes encantadoras, que me tenían como prisionero entre sus brazos, habíamos considerado feliz y orgulloso en cualquiera otra circunstancia; pero mi fingida posición entre las dos me hacía mal y no pude gozar de las delicias de aquel viaje.

Con gran sorpresa de todos mostrábamos asíduo admirador de Manuelita y sus gracias, al paso que ni siquiera dirigía una mirada á Josefina. Me deshacía en cumplidos con aquélla y, como sucede siempre en tales casos, exageraba mi indiferencia por la última.

La primera, si no se mostraba orgullosa de verse en esa ocasión preferida á Josefina, tampoco la disgustaba ser el objeto de mis atenciones aquella tarde y estaba radiante de alegría, mientras la otra nos contemplaba con marcada tristeza.

Por fin llegamos á Taboguilla y allí desembarcamos en una amena playita. Al frente, internado en el bosque, había un bohío. A él nos dirigimos. En el interior encontramos una buena mujer cocinando, rodeada de tres ó cuatro chiquillos completamente desnudos. La preguntamos si no tenía pipas que vendernos y nos contestó que sí: "que en las palmas había muchas; pero que ahora no tenía quien las bajara."

Ofrecióse á ello el marinero que había venido con nosotros y mientras volvía de su comisión, y no encontrando en el interior de aquella pobre cabaña donde sentarnos, salimos y nos tiramos sobre la tostada arena de la playa.

Formamos entonces dos grupos distintos. En el uno habíanse reunido Cecilia, José y las hermanas de Manuelita, en el otro solo quedamos ésta última y yo. Josefina se retardó en el bohío, so pretexto de no sentirse bien; pero todos comprendieron que yo sólo era la causa de su alejamiento.

Durante todo el viaje había estado triste y esa tristeza me mortificaba.

Manuelita había, hasta entonces, aceptado mis galanteos, imaginándose que éstos serían pasajeros y que pronto cesaría la discordia que ella suponía existía entre Josefina y yo; pero al pensar ahora, con la ausencia de esta última, que ella podría sufrir y tener celos comprendió que estaba representando un mal papel y me dijo con toda claridad:

—Ricardo, estamos haciendo daño á Josefina. Ella lo quiere á usted y tiene celos de mí. Debe usted ir á su lado. Usted no le ha dicho ni una sola palabra esta tarde. Supongo habrá tenido algún disgusto, porque desde la tarde del Morro está usted muy cambiado, y yo hago mal en dar motivo para que ella se resienta conmigo.

Nada contesté á Manuelita. No pudiendo explicarle mi situación guardé silencio. Pero ella volvió á decirme:

—Vaya, vaya usted á consolarla.

—Pero si yo nada tengo que hacer con ella, la dije al fin, por decir algo.

—Pues entonces yo tampoco quiero ser cómplice de su maldad; porque es por pura maldad, agregó, que usted la está haciendo sufrir.

Y se levantó repentinamente dejándome sólo, sentado en la arena.

Sentí un cruel remordimiento y me convencí de que yo también estaba representando un ingrato papel. Para no dejar comprender á Josefina mis verdaderos sentimientos me convertía en el verdugo de su corazón, de ese tierno corazón recién abierto al amor que yo mismo le había inspirado; y pretendía turbar la tranquilidad de su más íntima amiga. Resultaba, pues, como vulgarmente se dice, peor la medicina que la enfermedad.

Hechas estas reflexiones no pudo resistir á la tentación de ir á pedir perdón á Josefina y, á mi vez, me levanté.

Despacio fuí al rancho donde ella estaba y tomándola de la mano la dije:

—Perdone Josefina mi comportamiento de estos últimos días. Yo no sé qué es lo que me pasa. Algo que no podría explicar á usted ahora. Pero . . . me perdona usted?

—Yo nada tengo que perdonarlo, pues nada me ha hecho, me contestó con pausada y dulce voz. Es á mamá y á Cecilia á quién debe usted pedir perdón; pues ellas han hecho todo lo que han podido por distraerlo y usted se ha empeñado en no darles gusto en nada.

—No le he dicho yá, le repetí, que no sé qué es lo que me ha pasado en estos días. . . ?

Hay circunstancias en la vida que no pueden describirse y yo me encontraba en una de ellas.

No me atrevía á declarar mi pasión á Josefina y toda explicación entre los dos era imposible sin esa confesión, al menos por el momento. Tuvo, pues, que guardar nuevamente silencio, único recurso en tales casos, dejar que los acontecimientos se desarrollaran por sí solos y que, poco á poco, volviera á establecerse la armonía entre los dos.

Por fortuna, ya venían á buscarnos nuestros compañeros de viaje y su presencia hizo inútil toda explicación de momento. Josefina convino, tácitamente, en perdonarme y volvimos á embarcarnos.

Ahora, con la caída de la tarde, la brisa había refrescado bastante y la embarcación, buena veleera, se alejaba con rapidez de Taboguilla. Su marcha sobre el agua era cada vez más veloz hasta que obtuvimos una vertiginosa carrera.

Yo había tomado otra vez la caña del timón que sentía ya más pesada. Josefina había vuelto á sentarse á mi izquierda. A mi derecha Cecilia. Manuelita ocupaba el lugar más distante de mí, como para no servir de estorbo á nuestra reconciliación, pues sinceramente imaginábase que había habido algún disgusto entre Josefina y yo.

En el rostro de ésta desvaneciase gradualmente la nube de tristeza que momentos antes lo cubría. También yo iba recobrando mi habitual contento.

Entretanto aumentaba la fuerza del viento y hacía más rápida nuestra marcha sobre las olas encrespadas. Pronto tuvimos que amainar el foque. La frágil barquilla bailaba literalmente dando brinco en el agua, que nos entraba ya por la popa. Apenas podía yo maniobrar con el timón.

De pronto una gran marejada nos entró por barlovento empapando nuestros vestidos por completo. El viento azotaba con furia nuestros rostros. Una segunda oleada, que nos vino de frente, concluyó por introducir el espanto en nuestras jóvenes viajeras. El bote vino á ser juguete de las olas y se obstinaba en no obedecer á mi gobierno.

Rápidamente nos alejábamos de ambas costas y tuvimos también que arriar la vela mayor y tomar de nuevo, José y yo, los remos. Bogamos largo rato, hasta que calmó el viento. Luego volvimos á izar las velas y á ocupar nuestros puestos.

Pero casi todas venían mareadas y Josefina, no pudiendo tenerse firme, dejó caer, inconscientemente, su cabeza sobre mi hombro. Sentí entonces despertarse todos mis ardientes deseos y fué tal el placer que experimenté al contacto de aquel cuerpo adorado que, apesar de la zozobra que nos había amenazado, imploré al cielo porque soplara otra vez el viento huracanado y retardara el fin de nuestro viaje.

Pero ya éste había terminado. Desembarcamos en *playa grande* sin mayor novedad. Josefina, todavía mareada, se apoyó en mi brazo, para saltar á tierra.

Era ya entrada la noche y la luna bañaba con sus rayos de plata su pálido rostro de ondina.

Mrs. Jackson nos aguardaba llena de inquietud. Temía que algo nos hubiera sucedido. Ella había visto, decía, desde el balcón de su casa, sumergirse nuestro barco y luego volver á salir, airoso, de entre las olas espumantes. Había sido una imprudencia la nuestra embarcarnos con tantas mujeres en un bote tan pequeño.

Aquella noche mis pensamientos tomaron distinto curso del que habían seguido en noches anteriores. Convencido ya de que me era imposible ocultar mi amor por Josefina y de que ésta correspondía á mis sentimientos no pensé más en las dificultades en que me vería envuelto si no contrarrestaba esa pasión. Antes por el contrario, decidí hacerla, al día siguiente, una formal declaración.

Si Manuelita no me hubiese asegurado que Josefina me amaba y esta misma no me lo hubiese dado á comprender con su comportamiento de esa tarde, juro que al día siguiente habría regresado á Panamá aunque hubiera tenido que reñir con la familia Jackson.

Entonces yo solo habría sufrido con esa separación. Pero Josefina me quería, ya el daño que pretendía evitar estaba hecho y yo no podía ser tan cruel para, después de haber impresionado su jóven corazón, hacerla padecer abandonándola repentinamente.

Me quedaría, pues, y que fuera lo que Dios quisiera.

Poco á poco fueron desvaneciéndose mis anteriores escrúpulos y ahora estaba resuelto á hacer mía á Josefina, á todo trance.

¿Y quién se opondría á nuestra unión si nos amábamos? ¿La sociedad? Nada tenía ésta que exigir de quién nada la debía.

¿Mis padres?—Ellos eran buenos y al ver la intensidad de mi amor, la pureza de mis sentimientos, no se opondrían á mi felicidad y me darían gusto en esta ocasión como siempre lo habían he-

cho. Sí, mañana mismo declarararía mi amor á Josefina y luego escribiría á mis padres sobre el particular.

Y, arrullado por estos nuevos pensamientos y esa formal resolución, dormido como debieron dormir los justos en los floridos campos del Eliseo.

V

Pero, pasaron los días y pasaron las noches sin que yo me atreviera á hacer declaración alguna á Josefina, y no por falta de ocasiones para ello, sino por timidez de mi parte.

Habíamos ya recobrado nuestra habitual familiaridad. La alegría había vuelto á reinar en nuestros corazones; pero algo había en mi interior que me decía que yo no debía empoñar mi palabra sin consultar antes la opinión de mis padres. Y esa opinión, á pesar de su bondad y del cariño que me profesaban, presentía que me sería siempre adversa. Por otra parte, nada me obligaba á acelerar la marcha de los acontecimientos.

Josefina y yo habíamos vuelto á ser felices. Vivíamos siempre juntos. Mrs. Jackson y Cecilia me manifestaban verdadero cariño. ¿Comprendían acaso lo que pasaba entre los dos y no ponían obstáculo alguno á nuestros inocentes pasatiempos y sencillo amor, imaginándose, tal vez, que nada de particular tendría el que un jóven como yo, educado en el extranjero, uniera su suerte á una honrada doncella que no tenía más defecto que el ser pobre? Tal vez. Los extranjeros son por lo general

muy despreocupados en estos asuntos y ellas pretendían que yo tenía más de extranjero que de panameño.

Por el espacio de una semana nada turbó nuestra dicha. Hacía ya un mes que estaba yo en la isla y quince días que Joaquín había partido para Panamá.

Era el 15 de Junio. Al día siguiente debía celebrarse la fiesta de nuestra Señora del Carmen, patrona del pueblo de Taboga.

Esa noche había bailes, tamboritos y cumbias en la Restinga.

Desde por la tarde paseábanse las jóvenes, vestidas de polleras de diversos colores. El pueblo había tomado cierta animación que no le era peculiar. En Taboga, como en todos nuestros pueblos del interior, la gente vive generalmente encerrada en sus casas; pero en las fiestas clásicas se vé por las calles tal gentío que se queda uno admirado, pensando donde puede haberse ocultado por tanto tiempo todo ese hormiguero humano.

Joaquín había vuelto ese día de Panamá trayéndome cartas de mis padres, ropa y dinero.

Después de comida salimos, también, á pasear con las Jackson. La Restinga y el Morro son los únicos, los sempiternos paseos de los taboganos.

Ardía en deseos de ver bailar el *tamboito* del que tenía muy confusos recuerdos y nos dirigimos á aquel lugar, que ya conocía.

La noche era bella, como lo son de ordinario las noches de luna en nuestra tierra. Por el camino encontramos varias parejas que se encaminaban al mismo lugar y que se nos unieron infor-

mando luego algo así como una procesión que pronto tomó todos los caracteres de una peregrinación á algún santo lugar.

Josefina y yo marchábamos á la cabeza, absortos en conversaciones que en sí nada decían; pero que, para nosotros, encerraban un mundo. Aunque nunca hablábamos de nuestro amor, esto lo sentíamos y nos lo dábamos á comprender con los ojos, con miradas que, en estos casos, son más elocuentes que las palabras vulgares. Sentía siempre la misma timidez para tratar con ella de este asunto y al mismo tiempo temía que una frase indiscreta echase á perder nuestra felicidad.

Cecilia y Joaquín venían detrás de nosotros conversando en voz baja, discreta. Más detrás seguía el resto de la comitiva.

Cuando íbamos por el estrecho sendero que del pueblo conduce al *mal paso*, más allá del madero, nos detuvimos á contemplar el glorioso espectáculo que nos brindaba la naturaleza soñolienta. La luna brillaba con todo su esplendor en el cielo de tonos blanquecinos, completamente en calma. No había una sola nube. El trémulo fulgor de las estrellas, así como la inmensa claridad del astro de la noche, se reflejaban en el agua, que, también, permanecía en calma. Pequeñas embarcaciones se mecían suavemente en el puerto. Las olas azotaban la arena de la playa, sobre la cual jugaban algunos muchachos y permauceían varadas viejas canoas untadas de alquitrán. Un perro aullaba tristemente á lo lejos. Y todo ese nocturno panorama convidaba nuevamente al amor. Nada había en aquella isla incomparable que no

inspirase ese sublime sentimiento. El cielo, el mar, los botes, la luna, el monte oscuro, todo respiraba allí amor. Y, sin embargo, siempre que me volvía hacia Josefina para expresarla mi pasión, para decirle que la amaba como ama un salvaje su libertad, como amó Calipso á Telémaco, Espronceda á Teresa y Raimundo Lulio á Blauca de Castello, se me trababa la lengua y no podía articular una sola palabra. Guardaba entonces silencio y me extasiaba contemplando su rostro de joven púdica alumbrado por los argentados rayos de la luna.

—Linda noche, dije después de algunos minutos á Josefina.

Muy bonita, me contestó. Los tamboritos van á estar muy alegres y usted que tanto le gustaba nuestras costumbres, vá á pasar un buen rato viendo bailar á las restingueras que tienen fama entre la gente de aquí.

Tengo ansias de volver á ver ese baile tan popular. Apenas lo recuerdo. Pero ese no es un baile decente ¿verdad?

—Aquí hay algunas jóvenes que lo bailan; pero nosotras jamás.

Seguíamos caminando y, antes de llegar á la Restinga, alcanzamos á ver las luces del pueblo y, á su entrada, una gran aglomeración de hombres, mujeres y niños. Era la *rueda* del tamborito.

Unas cuantas jóvenes, todas de polleras, formando círculo alrededor de una pareja que bailaba en el centro. A uno de los lados de la rueda unos llamados músicos golpeaban, con los dedos, varios instrumentos de palo hueco forrados por una de sus extremidades con piel de res. Estos eran tres

Luego había uno más ancho, la *tambora*, forrada por ambos lados con piel más delgada. Esta la tocaban, como los tambores militares; con un par de baquetas y, de cuando en cuando, el tocador echaba su repique.

Las mujeres cantaban y palmoteaban al son de los tambores. Era un canto árido y desabrido, sin ritmo ni compás, un mismo refrán repetido un sin número de veces al acorde de una misma música infernal. Esto no podía tener atractivo alguno para mí.

Pero hiciéronme mucha gracia los bailarines que ocupaban el centro de la rueda. Al compás de la misma música indescriptible hacía el hombre toda clase de contorsiones y movimientos, más ó menos grotescos y hasta indecentes algunos. Tan pronto se agachaba y soplabá, con su sombrero de paja, los piés de su compañera, como se erguía, cuán largo era y, extendiendo los brazos hacía ademanes de querer abrazarla; luego daba una vuelta repentina, se paraba en un pié, inclinaba el cuerpo hácia adelante y hacía toda clase de muecas á cual más estrambótica.

Menos ridículos y groseros eran los movimientos de la mujer. Mecía ésta con pasmosa habilidad sus anchas caderas al tiempo que arrastraba suavemente los piés en el piso de arena dando ligeros impulsos á su cuerpo y brincos casi imperceptibles. Poníase con gracia las manos en la cintura y hacía oscilar su busto tentador, con cierto donaire y elegancia, y movía su cabeza coronada de poinetas, tembleques y flores artificiales, al compás de la música y el canto. Todos aquellos movimientos, sueltos y ágiles, tenían cierta gracia,

cierta elasticidad y algo así como una mezcla de indolencia y voluptuosidad que á veces encantaba y otras chocaba.

Al concluir la levada los hombres arrojaron sus sombreros á los piés de los danzantes, quienes los recogieron y los colocaron en sus cabezas, unos sobre otros, formando como una torre vacilante.

Preguntóme entonces Josefina:

—¿Qué tal? le ha gustado?

—Bastante, la contesté, es muy divertido este baile.

—Creí que no le gustaría, volvió á decirme; personas hay que lo encuentran muy vulgar.

—Por cierto que no es muy aristocrático que digamos; pero se comprende que estas gentes bailan sin ninguna malicia.

—Así es, en efecto; pero de seguro que en París, volvió á decirme con curiosidad, no lo permitirán. Verdad que no?

—Por el contrario, si ese par de jóvenes que acabamos de ver los trasportaran al escenario de la Opera de París y los hicieran allí bailar con esos mismos trajes, se vendría el teatro abajo. Hay en París, agregué, lugares en donde se baila el *can can* que es el baile más indecente del mundo. Por supuesto que esos lugares no los frecuentan las señoras; pero en cambio, asisten hombres de todas clases y edades.

Una buena mujer se acercó á nosotros y nos preguntó si queríamos tomar un poco de chicha fresca.—Por supuesto que sí, la dije.

—¿Le gusta á usted la chicha? preguntóme admirada Josefina.

—Muchísimo, la contesté.

—Entonces, es usted más panameño de lo que yo creía.

—Mire Josefina, la dije con seriedad, no crea usted que porque, á veces, critico las costumbres de mi país, me haya extranjerizado y solo me gustó lo que tenga sabor *yanqui* ó europeo. Nosotros tenemos muy buenas cosas, algunas quizá sean mejores que las de ellos. Y lo que me hace echar peste contra mi tierra y mis compatriotas es el deseo que tengo de ver á Panamá colocado á la altura de los países más civilizados del orbe.

La misma mujer que volvía con un par de totumas, repletas de chicha, interrumpió mi discurso.

El líquido aquel estaba sabroso y pedí nos sirviera más. Hízolo así la buena señora y yo brindé totumas á todos los que nos acompañaban. La última la ofrecí á Josefina.

—Y usted?, dijo al tomarla de mis manos.

—Después de usted, la contesté.

—Qué tontería!

Probóla apenas y luego la me presentó casi llena, diciéndome:

—No quiero más.

Entonces apuré todo su contenido y al concluir la dije con intención:

Esta está más deliciosa que la anterior.

—¿Como puede ser eso? Si es la misma.

—Pero esta tiene el sabor de rosa de sus labios.

—Ya Josefina se había acostumbrado á estos rápidos cumplidos que ella acogía con tierna son-

risa. Era ese uno de los medios de que me valía para demostrarla lo mucho que me interesaba; no atreviéndome aún á declararla, abiertamente, mi amor.

Al preguntar á la señora de la chicha cuanto la debía me dijo que nada y entonces Josefina me explicó que cuando ponían un tamborito, la dueña del baile obsequiaba siempre á los concurrentes con esa bebida.

Habiendo satisfecho nuestra curiosidad, nos retiramos en el mismo orden en que habíamos venido.

La noche continuaba bella. La luna, en su carrera por la bóveda blanca, se acercaba á los montes, de un color indeciso, que se divisaban á lo lejos, hácia occidente. Sus rayos inclinados, que nos alumbraban por detrás, reproducían en el suelo nuestras sombras oscuras y al frente se alzaba el pueblo, en confusión, iluminado por esa luz natural.

—Sabe, Josefina, dije á ésta, mientras contemplaba aquella aldea que parecía dormitar al pié de la montaña, como rendido ejército después de una larga marcha. Sabe que cada vez me parece más bella su isla de usted?

—Es su imaginación, Ricardo, me respondió dulcemente, la que lo hace encontrarlo todo bello á su alrededor.

—Tal vez, mas no será más bien la presencia de usted, Josefina, proseguí con calor, la que exalta mi imaginación y me hace hallar hermoso todo lo que nos rodea?

Guardó ésta silencio. Siempre sucedía así. Cuando uno de esos soberbios espectáculos de la

naturaleza se presentaban á nuestra vista y entusiasmaban mi corazón, cuando creía llegado el oportuno momento para declararla mi amor y me aventuraba á soltar una frase sentimental Josefina callaba de pronto y morían en mis labios las palabras. Su silencio me desarmaba. Y mis escrúpulos y mi timidez amorosa no eran elementos adecuados para combatirlo. Así, eran siempre cortos nuestros diálogos serios.

En cuanto á las demás parejas que nos seguían ni siquiera tomábamos en cuenta su presencia. Cecilia y Joaquín venían siempre de último y, entregados á sus propios asuntos, poco cuidado se tomaban por nosotros.

Al día siguiente la fiesta de iglesia para nada llamó mi atención. Mucho repique de campanas, algunos cohetes, los colores del arco iris reproducidos en los trajes de las jóvenes taboganas, que iban á la iglesia con fingida devoción, más bien con temor, cual chiquillas que entran á la escuela sin llevar aprendida la lección.

Los hombres habían sacado á lucir sus vestidos de parada y los panameños que allí estábamos, desde el corredor de la casa principal, observábamos, con aire burlón, todo ese va y ven de gente de pueblo endomingada. Es una mala costumbre que tienen los jóvenes de lugares más cultos cuando van á nuestros campos, en vez de dar buen ejemplo por su corrección y seriedad.

En la iglesia un ministro del Señor dijo la misa y predicó un sermón que nadie, más que él entendió. Tienen esto los sermones de pueblo: los que pueden apreciarlos no los oyen y quienes los

escuchan no saben entenderlos. A veces ni el mismo predicador los comprende.

No era yo muy aficionado á estas diversiones en Taboga. Generalmente venía, con tal pretexto, mucha gente de Panamá y esto estorbaba mis coloquios con Josefina. Como todo enamorado era egoísta y exigente y no podía tolerar que ella me abandonara un solo instante, lo que tampoco podía impedir, pues el negocio de su madre la obligaba á atender á los demás huéspedes que, en estas ocasiones, se albergaban en casa de Mrs. Jackson.

Con Joaquín había llegado de Panamá, el día anterior, un joven capitán del batallón *Colombia* que hacía la guarnición de esa plaza. Desde que entró en la posada habíame sido antipático. Trataba con una confianza, que me repugnaba, á Cecilia y á la misma Josefina. Dábaselas de chistoso; pero sus chanzas me caían muy pesadas. Sin embargo todo el mundo encontraba gracia en lo que decía. La víspera había estado con nosotros en la Restinga y casi toda la mañana habíala pasado con Joaquín y los demás panameños que habíau venido á *ver la fiesta*. No había tenido, pues, tiempo de estudiarle: la repulsión que hacia él sentía era instintiva.

Cuando Joaquín y todos los demás amigos partieron para Panamá avisó á la familia que pronto regresaría á pasar en la isla unos quince días, con su compañía. Tal anuncio me desagradó sobremanera. El vendría á hospedarse en la casa, y su presencia allí sería un constante embarazo para mí. Presentí que algo serio iba á suceder entre los dos y ví en él un futuro rival. Un rival? Eso sí que no estaba dispuesto á tolerarlo. Jamás consentiría

en que el corazón de Josefina vacilara entre otro hombre y yo. Ella tenía que ser mía y solo mía. Y entonces pensé, con mayor seriedad, en declarar la mi amor, pero al capitán el mozo las espaldas reinó nuevamente la calma, turbada solo por un instante, en mi espíritu.

Deslizáronse, otra vez, suave y dulcemente los días sin que nada, ni nadie viniera á turbar nuestro reposo y nuestro encanto. Siguiéronse unas cuantas semanas, que fueron para nosotros un prolongado idilio.

Nos levantábamos al despuntar la aurora y, desde el balcón, nos extasiábamos contemplando el mar, casi siempre en calma al amanecer, y observando como, poco á poco, iba aclarando el día y alegrándose la naturaleza. Las últimas mañanas de Junio fueron bellas, alegres. Luego vinieron algunos días brumosos y tristes. Pero nuestros corazones, siempre llenos de intenso amor, vivían satisfechos. La confesión amorosa jamás había salido de mis labios; pero ya nuestras almas se entendían admirablemente.

Y todo era para nosotros motivo de observación y de placer. Ver los muchachos bañarse en el mar y nadar detrás de sus barquichuelos de diminutas velas blancas, la llegada y salida de las embarcaciones que iban y venían de Panamá, trayendo las últimas noticias de la ciudad del bullicio y el trabajo, las sublimes puestas del sol cuando las tardos eran claras, los pájaros, llamados cuacos, lanzarse como gruesas flechas negras en el agua y salir, después, con algún pecesillo en el pico las peleas de los boteros en su centro de reunión, ha-

mado "El Cabildo" y los chicuelos, á medio vestir, que pasaban á alguna diligencia.

Durante el día, mientras Cecilia y Mrs. Jackson trajinaban en el interior de la casa, permanecíamos nosotros otra vez, como en anteriores días, en la sala, ella haciendo como que cosía al tiempo que yo la traducía del francés, ó del inglés novelas de Octavio Feuillet, Hugh Conway ó algún otro autor popular extranjero. Entonces entrábanle ganas de aprender aquellos idiomas, sobre todo el francés que encontraba más dulce, menos áspero, decía ella; pero jamás íbamos más adelante del "*Je t'aime* ó el *I love you*."

—“Que gracioso es, me repetía, decir esas cosas en idiomas que una no conoce.”

Y reímos de nuestras niñadas.

Mis padres me escribían con regularidad. Joaquín lo hacía á veces. Del capitán no habíamos vuelto á oír nada.

Entre tanto nuestro amor, aunque no lo habíamos confesado, ni á nosotros mismos, no era ya un secreto en el pueblo. Se hablaba de nosotros en todas partes. Las viejas lo hacían con malicia, especialmente las solteronas, los hombres con indiferencia y las muchachas con envidia. Estas habladurías llegaron á nuestros oídos sin inquietarnos. Éramos demasiado felices para que nos importara lo que el mundo dijera de nosotros. Mas no sucedía lo mismo con la madre y hermana de Josefina que comenzaron á tomar en serio lo que ellas, al principio, consideraron como un mero pasatiempo, una locura de muchachos. Nada nos decían, sin embargo, y su conducta para conmigo

continuaba siendo afable y cariñosa. Pero ya nos observaban con más atención.

Una tarde vimos llegar la *Boyacá*, cargada de soldados. No sé porqué, al divisar los pantalones rojos, sentí oprimírseme el corazón. Y creció mi inquietud cuando ví saltar en la arena al capitán que había estado con nosotros en la fiesta de Nuestra Señora del Carmen y que había prometido volver con su compañía.

Era éste alto, grueso, elegante. El vestido militar le sentaba á las mil maravillas. Formó su compañía, compuesta de unos treinta hombres, en la playa, y con arrogante voz, la mandó:

—Compañía!, firmes! Tercien! arr!... Al hombro! arr!... Media vuelta á la izquierda. Doble columna izquierda!

Subieron la pendiente areuosa y se dirigieron á la plaza. Hospedáronse en la casa grande de balcón, situada detrás de la iglesia y, cuando estuvieron allí instalados, siguió el capitán á casa de Mrs. Jackson, donde le prepararon un cuarto, vecino al mío.

Por fuerza tuve que mostrarme atento con él, pues no había motivo alguno para recibirle de otra manera. Habíamelo presentado, la última vez que estuvo en el pueblo y, aunque no simpatiqué con él á primera vista, no había razón para que yo le despreciara.

Como ya he dicho, trataba con cierta familiaridad á las muchachas, lo que indicaba que era antiguo conocido. Más tarde supe que de Josefina era algo más que un simple amigo, había sido, también, su pretendiente y aunque se me aseguró que

aquella jamás había querido dar oído á sus pretensiones, se fuvo al mismo tiempo, buen cuidado de decirme que no hiciera mucha confianza de él.

Los primeros días que pasó en la casa nada de particular observé en sus relaciones con las dos hermanas y, en cuanto á su comunicación conmigo, fué ésta de lo más cordial, aun cuando él gastaba una familiaridad que poco se avenía con mi carácter. Como era natural, no habiendo otro huésped en la casa, quería que le acompañara á todas partes y que anduviera, constantemente, con él, privándome así del placer de pasar los días, como era nuestra costumbre, al lado de Josefina. Pronto llegó á serme odiosa su compañía é inventaba cualquier pretexto para no ir con él ni al baño, ni á ninguna parte donde no fuera aquella. Así, llegó á comprender, pronto también, cual era mi situación en aquella casa; y, desde ese día, nos tratamos con más reserva.

Hasta entonces el capitán, más que á Josefina, aparentaba hacer la corte á Cecilia. Cuando salíamos de paseo siempre acompañaba á ésta última; pero una tarde, un poco achispado, se empeñó, con marcada insistencia, en invertir el orden de las cosas, capricho al cual no podía yo oponerme, y dió el brazo á la hermana menor.

Ibamos al Ancón y marcharon ellos adelante, Cecilia y yo detrás. Observábalos con atención y veía como se balanceaba, cual recta palmera al soplo de la brisa de la tarde, el cuerpo gentil de Josefina, al compás de su marcha. Conversaban en voz baja y el corazón me hacía cosquillas por saber lo que se decían. Josefina aparentaba poner gran atención á la charla del capitán.

Yo ignoraba lo que después supo y que dejó consignado atrás. Sin embargo, desde aquel momento tuve celos del Capitán, como los tenía de cualquier hombre que hablara á solas con ella.

Lontamente seguimos la senda que, por entre el monte, pasa detrás del Sanitarium. Allí el camino sube gradualmente hasta cierta altura, de donde se vé á Taboguilla, Flamenco, Panamá y toda la costa norte. Luego descende al cementerio, ancho espacio de terreno descubierto y sembrado de yerba, á orilla del mar. Hasta después de la muerte os arrulla la ola en Taboga. De ahí se desliza rápida la pendiente y el estrecho sendero va á confundirse con el cascajo de la playa. Josefina y el Capitán lo bajaron á todo escape y siguieron, sin aguardarnos, hasta la falda del cerro. Allí se sentaron sobre una poña. Cecilia y yo, que veíamos más despacio, los perdimos, por un momento, de vista. Y en ese instante sentí helármelo la sangre, dejó el corazón de palpitar, se paralizó todo mi cuerpo y se me trabó algo en la garganta. Faltóme la respiración, un sudor frío me empapó de piés á cabeza, se me nublaron los ojos. Hice un involuntario movimiento para lanzarme tras ellos. Cecilia me contuvo.

Era absurdo experimentar tales sensaciones por un hecho tan sencillo y, al llegar al grupo que formaban el vistoso uniforme del Capitán y el modesto vestido de Josefina, aparenté completa calma, pero, desde aquél instante, la presencia del Capitán se me hizo insoportable.

No subimos el cerro, porque ya era tarde. Regresamos á la posada y, al llegar Josefina, quien comprendió, ó por lo menos, sospechó lo que en mí

nes con esa joven, debe darse prisa; porque, aunque la familia lo considera á usted mucho, sino le ven seriedad se decidirán por don Carlos, y por más que á Ud. lo quiera Josefina la obligarán á que se case con él. Las Jockson son muy buena gente; pero son también mujeres de negocio y tan pronto como vuelva el otro Capitán *gringo*, el marido de Cecilia, ya verá usted si tengo razón."

Al principio creí que esa mujer mentía y me disgustó sobremanera el tono en que me habló de la madre y de la hermana de Josefina, á quienes sinceramente estimaba; pero los acontecimientos que más tarde se desarrollaron vinieron á convencirme de que la buena mujer tenía razón.

Desde aquel día me convertí en espía de Carlos y Josefina, mas, afortunadamente, tuve que desempeñar por poco tiempo tan degradante papel. Los pocos días que precedieron á los hechos que voy á relatar nada me revelaron que pudiera llevar la inquietud á mi ánimo. Antes, por el contrario, la constante ausencia del Capitán, quién pasaba los días en el billar con sus amigos de tropa, me mostraron á las claras que nada, ó muy poco, había de cierto en lo que me habían contado. Carlos, viendo la preferencia que Josefina tenía por mí, había juzgado prudente hacerse á un lado.

VI

Se acercaba el 20 de Julio. Faltaban apenas dos días y empeñóse el capitán en que habíamos de celebrar tan memorable fecha con algo extraordinario que nunca se hubiera visto en Taboga.

El se mostraba siempre amable conmigo y yo, por educación, tenía que corresponder á la amistad que me brindaba. Desde la escena del Anecón no había vuelto á estar un solo instante en compañía de Josefina y apenas la dirigía una que otra estanza, en conversación general. La indiferencia que por ella mostraba desvanecieron, por completo, todas mis sospechas. El billar parecía absorber todo su tiempo, y sus penas, si alguna tenía, las ahogaba en el licor á que era bastante aficionado.

Al principio traté de excusarme de tomar parte en las fiestas proyectadas por el capitán; pero ésto me echó en cara mi falta de patriotismo y lo hurraño de mi carácter y concluí por aceptar el programa que tenía preparado.

Consistía ésto en un gran almuerzo en la posada, una corrida de toros en la Restinga, al medio día y un espléndido baile por la noche. Cecilia y Josefina quedaban encargadas de la primera parte del programa, él, Carlos, se ocuparía en los toros y lo del baile quedaba á mi cuidado. Invitaríamos á nuestros amigos de Panamá y yo escribiría á Joaquín para que conquistara algunos músicos y los trajera consigo.

Desde el dieznueve temprano puso el capitán todo el pueblo en movimiento. Habíamos convenido en que nadie diría al otro lo que pensaba ha-

cer y que cada cual se valdría de su propia inventiva para que la parte del programa á él encomendada quedara de lo más lucida posible.

Almuerzos y bailes eran, en aquella época, platos de todos los días en Taboga. Más, una corrida de toros nunca se había visto allí. No era, pues, de extrañarse que todos se interesaran en aquel espectáculo extraordinario y prestaran poca atención á las otras dos partes del programa, consideradas como de poca importancia.

Devanábase todo el mundo los sesos pensando como haría el capitán para jugar toros en aquella isla pedregosa. Pero éste se dió sus mañas y, en un dos por tres, con pasmosa actividad, convirtió el bosquecillo de tamarindos en una soberbia plaza de toros.

Hizo allí trazar en la arena un cuadrado y con varas que mandó cortar y traer del monte vecino, con bejucos, sogas y clavos lo cercó y con tablones y varas construyó tres paleos á uno de sus lados. El dueño de la carnicería le ofreció unos cuatro toros y á tres de sus soldados los convirtió en toreros.

A las cinco de la tarde del mismo diezinueve tenía Carlos su plaza lista mientras que yo, en apariencia, nada había hecho por arreglar mi sala de baile.

Imaginábanse todos que yo mostraba muy poco interés en la fiesta y que el baile encomendado á mi cuidado y arreglo no ofrecería más atractivos que los que ordinariamente tienen los que allí se dan. También á Josefina mortificaba la idea de que yo no saliera airoso en mi empresa, cuando

ella; su hermana y todas sus amigas aguardaban algo muy bueno de mí.

Temprano el veinte llegaron todos los convidados de Panamá, Joaquín y los músicos. A recibirlos corrieron á la playa un sin número de hombres y muchachos.

Los músicos entraron al pueblo tocando una alegre marcha. Sirvierónsele en la posada sendos *cocktails* y el capitán declaró solemnemente que había principiado la fiesta.

El almuerzo fué espléndido y succulento. Asistieron á él, además de los de la casa, Manuelita Osorio y una de las Antiguas. Reinaba el mayor contento y alegría, pero Carlos, entusiasmado con la música y el vino, trataba á Josefina con inusitada familiaridad. Permitíase con ella ciertas bromas que no podían ser de mi agrado y, en más de una ocasión, estuve á punto de levantarme de la mesa y pedirle explicación por su conducta; pero Joaquín, sentado á mi lado me contuvo tirándome de la manga del saco.

Estábamos todavía sentados á la mesa cuando un mozo vino á anunciarnos que nos aguardaba para dar principio á la corrida. Al oír aquel anuncio levantóse precipitadamente el capitán y siguió al hombre que le daba.

Pocos minutos después, terminado el almuerzo, marchábamos todos en la misma dirección de Carlos.

Llegamos á la improvisada plaza de toros. En uno de los tres paleos hechos construir por aquél, se sentaron los músicos. Las dos Jackson, Manuelita

Osorio, la Antigua y demás jóvenes ocuparon el del medio y los hombres nos instalamos en el tercero.

El capitán hablaba en el centro de la plaza con los toreros, también improvisados. De pronto, á una señal de él, sonó el clarín y salió el primer toro en medio de estrepitosos aplausos. Tocó la música una alegre polka y yo aproveché aquel momento de distracción para escabullirme é ir á dar principio á mi trabajo de decoración en la sala de baile.

La corrida de toros de Carlos debía traducirse por un verdadero fiasco. Nada había en ella que pudiera darla un resultado feliz. Los toros, criados en la misma isla, tenían que ser buenos solo para el matadero y, faltando el principal elemento, claro que no podía haber corrida posible.

Yo quería, por el contrario, que el éxito de mi baile quedara grabado en el corazón de todos los taboganos y, para obtener ese resultado, lo había preparado todo sigilosamente y me había procurado toda clase de adornos. En el Sanitarium había conseguido, con un francés amigo mío, flores y hojas de todos colores. También me había éste facilitado algunas banderas y escudos de madera. La maestra de escuela y varias amigas habíanme prestado cortinas, lámparas, sillas y otros objetos. Todo lo había hecho conducir al salón de billar, que era el más á propósito para un baile de la magnitud del que yo proyectaba. Allí me aguardaban cuatro muchachos que había contratado para que me ayudaran y el mismo amigo francés me prestó su cooperación.

Cubrimos los marcos de las puertas y ventanas con hojas coloradas en formas de arcos. Las paredes quedaron tapizadas, hasta cierta altura, con banderas colombianas y francesas. Los escudos, cubiertos de flores, ocuparon los claros que dejaban las banderas. Del centro del techo pendía una gran lámpara de petróleo. De allí cuatro cordones tejidos con hojas y flores amarillas, verdes y coloradas y de las cuales colgaban farolitos chinos de papel de iguales matices, iban á terminar en los cuatro ángulos de la sala. De los pilares de madera y de las paredes clavamos también algunas pequeñas lámparas, cuyos reflectores ayudaban á dar más brillo á la luz que ellas mismas despedían. Cuando encendimos todos esos faroles y lámparas el efecto combinado que unas y otras produjeron, con sus luces de diversos colores, fué sorprendente. Al rededor del salón colocamos las sillas que nos enviaban de distintos lugares y en uno de sus ángulos establecimos la cantina. Varios espejos de diversos tamaños, completaban esa decoración *sui generis*.

Cuando nos separamos el francés y yo todo quedó concluído y listo para el baile. Dirigíme entonces, por segunda vez á la plaza de toros; pero ya había terminado la corrida. Marché entonces en dirección al Morro y alcancé á ver, por entre los árboles de tamarindo, el grupo que yo buscaba. Caminaban en revuelta confusión hombres y mujeres; pero detrás, á corta distancia de los demás, marchaba una pareja que, en el acto, reconocí ser el capitán y Josefina.

¡Juntos otra vez y separados del grupo principal!

Carlos hablaba con entusiasmo y parecióme que Josefina le escuchaba con atención. Como en la tarde del paseo al Ancón, volví á sentir un frío intenso penetrar todo mi ser y algo así como una mano de hierro oprimirme el corazón. Corráronse los ojos, flaqueáronme las piernas y tuve que recostarme al pié de un árbol para no caer.... Cuando abrí los ojos, el grupo se dirigía á la orilla del mar, Josefina y el capitán siempre detrás, á respetable distancia de los demás, como para que aquellos no oyeran lo que tenían que decirse, que debía ser muy interesante.

Un par de botes los aguardaba en la Restinga. A ellos saltaron, primero las mujeres, luego los hombres. Josefina pareció al principio resistirse á acompañar á los demás, más, después, ayudada por su compañero, saltó también al segundo bote, seguida de éste.

Alejáronse lentamente de la costa con rumbo á Playa Grande. Yo permanecí en el mismo sitio, recostado al árbol, electrizado, como herido por un rayo. Por algunos minutos en nada pensé, ninguna idea acudió á mi cerebro. El mundo era un inmenso vacío para mí. Mas pronto volvió á circular con fuerza la sangre por mis venas, subióseme á la cabeza y entonces dí rienda suelta á mi dolor.

Josefina me engañaba. El capitán la amaba y ella correspondía á sus pretenciones. La vieja que me había contado la historia de sus amores no había mentado sino á medias. Y la realidad era más terrible de lo que ella me la había pintado. Josefina y el capitán se burlaban de mí. Habían esta-

do representando una ridícula comedia ante mis ojos. Yo no era más que un juguete de los encantos de esa ondina, cuyas miradas de fuego habíanme subyugado. Yo no había sido más que un tonto.

¿Y era joven, de rostro angelical, la que con tanta facilidad se mofaba de mí? ¿Y era esa mujer engañadora, quién me había hecho abrigar tan dulces esperanzas, la mujer porquién yo pretendía sacrificar el amor y la felicidad de mis padres?

—¡Desdichado de mí! ¿Cómo no castigaría el cielo mi imprudencia?

Ganas me dieron de regresar á la sala de baile que acababa de arreglar, desbaratarlo todo, hacer añicos los adornos y tomar un bote que me alejara de esas playas malditas.

Pero, aquello era una locura. Yo estaba comprometido con mis amigos y no podía, ni debía quedar mal con ellos. Había contraído la obligación de obsequiarlos con un baile espléndido esa noche y no podía faltar á ella.

Además, cuando ví esconderse, detrás de las negras piedras de la Restinga, el bote que llevaba á Josefina, el sentimiento de dolor que experimenté fué tan agudo que quise consolarme á mí mismo imaginando que, tal vez, ella no iba por su gusto en esa embarcación.

En verdad, me dije entonces, ¿qué motivos hay para que Josefina me engañe de ese modo? ¿No me han dicho que ella jamás ha amado al capitán ni consentido en ser su esposa? ¿Y yo mismo no me he convencido de la indiferencia con que le trata? ¿No me ha dado ella á comprend

innumerables veces que me ama? ¿A qué, pues, estos celos ridículos?... Y allí mismo, mientras el bote aparecía nuevamente por playa honda, juré que aquella noche, en el baile, haría á Josefina una formal declaración y así saldría de esa incertidumbre que me mataba. Si ella me amaba nada se opondría á nuestra unión. Si era Carlos el preferido, ú otro cualquiera, abandonaría esa isla para siempre y sepultaría mi amor en el olvido.

Ya el bote que los conducía llegaba á playa grande. La oscuridad de la noche caía sobre el mar y parecía más densa bajo la arboleda en que había permanecido. Adoptada mi resolución me dirigí pausadamente hacia el pueblo á dar una última disposición en el salón de baile.

Este debía comenzar á las nueve y eran ya las siete.

Cuando llegué á la posada todos se admiraron de mi larga ausencia.

—Se ha conducido usted muy mal con nosotros, me dijo Cecilia, en son de reproche. Sin decir nada á nadie se escabulló usted. Después lo buscábamos por todas partes y hasta ahora no parece!

Yo me excusé diciendo la verdad:

—Estaba arreglando el baile. Quería darles una sorpresa.

—Las sorpresas. Ese es su elemento, dijo tímidamente Josefina.

Torné á ver su rostro. Estaba pálida, languidecía y sus ojos tenían un brillo extraño. Creí ver en ellos lágrimas contenidas que, al través de fin delicadas pestañas, semejaban gotas de rocío

esparcidas con timidez sobre la superficie convexa de cristatino espejo. Entonces pensé que Josefina podía también haber padecido con mi repentina partida y prolongada ausencia y que yo había sido injusto con ella en mis apreciaciones. Sin embargo, el Capitán continuaba á su lado y ese hecho no era para desvanecer mis anteriores sospechas.

¡Sentimiento extraño el mío! ¡Sentimiento cruel; porque amaba á Josefina con delirio y ese frenético amor se traslucía en mis celos que exajeraban todas las circunstancias é introducción la duda en mi espíritu. Tan pronto acusaba á Josefina de pérfida, como quería disculparla á mis propios ojos. Parecíame, á veces, que ese candor que se notaba en todo su semblante, que esos labios de coral hechos para el beso y la tierna mirada de sus ojos de vírgen no podían mentir. Nó, no podían mentir aquellos ojos no empañados aún con el oxígeno disímulo del mundo. Pero, entonces ¿por qué no desechaba á Carlos? ¿Por qué permanecía éste á su lado?

Comí poco y, so pretexto de que los músicos me aguardaban para recibir mis últimas instrucciones, me alejé de la casa, diciendo á Josefina que el Capitán seguiría ocupando mi lugar para acompañarla al baile.

Al alejarme ví que ésta se mordió los labios con rabia. Comprendí que había hecho mal; pero ni siquiera trató de corrogir mi falta. Estaba celoso, y los celos son una especie de borrachera: se comprende el mal que se hace; pero se encuentra uno impotente para corregirlo. La pasión es más poderosa que la reflexión.

A las ocho y media fueron llegando las primeras parejas. Los hombres, casi todos panameños, *de la ville*, vestían con elegancia saco levita negro, claro pantalón, corbata de color y chaleco blanco. Las jóvenes que á estos acompañaban llevaban trajes de vistosos colores celestes, rosados, punzó y hasta amarillos y morados, produciendo, éstos últimos, chabacano efecto que estaba muy lejos de armonizar con el *chic* francés que había querido yo imprimir á la fiesta.

El salón estaba brillantemente alumbrado. La gran lámpara del centro derramaba sus rayos opalinos por los ámbitos de la inmensa sala al tiempo que las luces amarillentas, verdosas y rosadas que despedían los farolitos chinos, confundándose con las irradiaciones de las demás lámparas, producían la más caprichosa combinación de luz artificial. Las paredes, tapizadas con banderas y adornadas con escudos, espejos y cuadros, las puertas y ventanas, cubiertas de hojas, las flores, esparcidas con profusión por todas partes, todo contribuía maravillosamente á dar á aquel cuadro el efecto que yo había buscado. Y me sentí satisfecho de mi obra, apesar del estado en que se encontraba mi alma.

Poco á poco, paulatinamente, fué llenándose y animándose el salón. Todos, al entrar, lanzaban una exclamación de asombro: ¡Qué lindo! Como se conoce que Ricardo ha estado en Europa!, decían, sin sospechar que el corazón que tan alegre efecto sabía producir en los demás, estaba él mismo sumergido en el más cruel de los tormentos. Sucede, á veces así. Cuentan que Figaro, quien tanto divertía á sus lectores, era desgraciadísimo en su vida íntima.

Ya habían entrado todos los convidados. Solo faltaban Josefina, Cecilia, Joaquín y el Capitán. Ya tardaban. Yo sufría horriblemente. Saqué el reloj y ví que eran las nueve en punto. Yo, quería ser exacto y di orden para que principiara el baile.

Rompió la orquesta una alegre polka y pronto se convirtió el salón en un indescriptible laborinto. Las parejas, confundéndose unas con otras, parecían movidas por oculto mecanismo. Yo reclinado contra una puerta, observaba tristemente aquel variado movimiento.

Calló la música. Volvieron todos á sus lugares y entonces solo se oyó el rumor de la conversación, parecido al ruido que producen las olas, desde lejos, al romperse en la playa.

De pronto reinó completa calma y las miradas todas se dirigieron á la puerta principal por donde hicieron su aparición triunfal Cecilia y Josefina del brazo de Joaquín y Carlos respectivamente. Sabían que era de tono llegar tarde y que serían también las reinas del baile y habíanse hecho esperar expresamente.

Ya he dicho que las lámparas de petróleo y los coquetos farolitos chinos, junto con las banderas, flores y demás adornos esparcidos por todas partes, daban á la sala un admirable aspecto; y al resplandor de esas cien luces de variados colores resaltaban más la esplendorosa belleza de Josefina y la altanera elegancia de Cecilia.

Vestía ésta un traje de raso celeste, adornado con cintas punzó, el corpiño ligeramente escotado y ajustado con perfección á su busto de una robusta

tez provocadora. En el seno llevaba una rosa encarnada, idéntica á la que coronaba su peinado griego que dejaba en descubierto su espléndida nuca. Uno de sus mórbidos y bien torneados brazos, igualmente desnudos, lo aprisionaba Joaquín, feliz mortal, entre el suyo, mientras el otro caía con descuido sobre la falda de su elegante traje. Era, sin disputa, la reina de la fiesta.

Más modestamente vestía Josefina, con el recato que convenía á su sencillez de vírgen. Menos airosa; pero si más bella que su hermana causaba menos admiración, mas infundía mayor respeto. Era rosado su traje, color sugerido por mí y que tan bien sentaba á su nivea blancura. Era sencillo y modelaba primorosamente su esbelto talle. No llevaba más adornos que aquellos con que la había engalanado la naturaleza.

No necesitaba otros tampoco.

Sus chispeantes ojos negros, cuyo fulgor rivalizaba con el de las lámparas, su admirable cabellera de ébano, su gracioso cuello de cisne y sus incomparables labios, de un rojo verdaderamente liberal, la hacían deslumbradora, irresistible.

Y esa joven, de belleza inmaculada, esa joven seductora por quién yo sufría y latía mi corazón, se pasaba ufana por el soberbio salón que yo mismo había preparado para recibirla; y esto lo hacía del brazo de Carlos, el Capitán, mi rival! Oh! ironía del destino!

Vinieron á sentarse frente á frente del sitio que yo ocupaba, reclinado contra una puerta, y de donde podía observarlas con atención. En el rostro de Cecilia veíase pintada la alegría del placer,

la satisfacción del triunfo de su hermosura sobre las demás jóvenes. Joaquín, á su lado, se mostraba también satisfecho. ¿Cómo no había de estarlo cerca de la mujer codiciada? El semblante de Josefina, por el contrario, no demostraba la menor sensación de gozo y buscaba algo con los ojos. Al divisarme nuestras miradas se encontraron en el espacio que separaba nuestros cuerpos. La suya era lánguida, suplicante, parecía llamarme á su lado. Era preciso que ella padeciera también bastante para que yo, en medio de mis celos, pudiera descubrir súplica en su actitud. El Capitán la había abandonado y habíase dirigido precipitadamente á la cantina.

Nuevamente dejó oír la orquesta sus arraconiosos acordes. Tocarón una mazurka, muy en voga en aquel tiempo, que todos bailaron con entusiasmo, menos Josefina. De seguro todos esperaban verla bailar la primera pieza conmigo y nadie se atrevió á sacarla, sabiendo lo coloso que yo era. Entretanto yo, entregado á mis tristes reflexiones, permanecía sin saber que partido tomar.

Cecilia bailaba con Joaquín. Estrechábala éste, con fuerza, entre sus brazos y ella gozaba, así aprisionada por el hombre á quien amaba, seducida al contacto irresistible de su cuerpo varonil.

Su hermana era la única que permanecía sentada. Y al verse así olvidada, abandonada, despreciada dos gruesas lágrimas asomaron á sus ojos, reflejos de una alma adolorida. Y yo era la causa de su dolor y no corrí á calmarlo. . . . Pero yo también sufría y su quebranto era igual á mi quebranto. Una mera sospecha; una mala interpretación

de los hechos tenían abatidos y separados dos corazones que se idolatraban en secreto. Dos palabras, una ligera explicación y volveríamos a ser felices.

Así lo comprendía yo; pero mis celos, mi carácter irresoluto, mi amor propio, una vanidad quizás mal entendida?, me tenían como clavado al suelo.

Cesó la música y entonces Joaquín corrió á mi lado.

—¿Qué tienes?, me preguntó. ¿Porqué no bailas? ¿Porqué has dejado á Josefina *comiendo pavo*? Sabes que eso no es digno de un hombre que se precia de galante.

—No me siento bien, le contesté con indiferencia.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Has tenido algún disgusto con Josefina? Son ustedes muy niños. Si se aman, ¿porqué no se lo dicen y son felices como los demás? ¿Acaso el amor es un crimen?

—Y eso á qué viene ahora, dije á mi amigo con mal disimulada inquietud. ¿Quién te ha dicho á tí que yo amo á Josefina?

—Mira, Ricardo, hablemos con seriedad. Yo no soy ningún chiquillo á quién se engaña fácilmente. Tu puedes haber viajado más que yo y tener más mundo; pero eres demasiado cándido en estos asuntos. Tu estás celoso del Capitán; por que amas á esa joven y no te atreves á decírselo.

—Bueno, y suponiendo que tu tengas razón ¿qué hay con eso?, continué mal humorado viendo

que Joaquín había descubierto lo que yo creía un secreto.

—Que me parece una tontería lo de tus celos. Josefina no ama en absoluto á ese mozo; y por quién se muere es por tí; pero, por supuesto, que tu no vas á esperar que sea ella quién venga á hacer-te esa declaración.

Las palabras de mi amigo reanimaron mi ser. Nada le contesté; pero le invité á tomar una copa de Jerez. En la cantina estaba todavía el Capitán y, al vernos, se empeñó en que lo acompañáramos á tomar. Repugnábame aceptar nada de aquel hombre de quién tenía celos; pero Joaquín me hizo seña que no lo desairara, que estaba ya medio ébrio, y acepté.

El Jerez acabó de darme fuerzas. Joaquín me llevó al lugar que ocupaban Josefina y su hermana, al tiempo que rompía la música un suave pasillo bogotano. Supliqué á aquel que bailara con la primera, mientras yo lo hacía con la segunda.

Bailaba Cecilia divinamente y pronto la música, las palabras de mi amigo, el Jerez que acababa de tomar, el entusiasmo que reinaba por todas partes y el perfume de su cuerpo me hicieron olvidar mis penas. Por un momento sentíme embriagado de verdadero placer. Sus abultados pechos, apasionados por el corsó rozaban con mi pecho y su ebúrneo y desnudado brazo, que alcanzaba á acariciar mi mano inquieta, me hacían gozar de voluptuosas sensaciones.

Muy lejos, lejísimo estaba yo de sentir por Cecilia otra cosa que una sincera amistad; pero al bailar con ella olvidé que era la hermana de Jose-

fina, calmáronse mis celos y olvidé también al Capitán para pensar solo que tenía en mis brazos á una mujer hermosa, seductora, que muchos codiciaban.

Vosotros, los que no habéis bailado con mujeres como Cecilia, no podréis nunca comprender las extrañas y terribles sensaciones que se experimentan, á veces, en un baile. Sucede con frecuencia que mujeres que ordinariamente os son indiferentes en su casa ó en la calle, os entusiasman en alto grado cuando dais vueltas con ellas al compás de arrebatadora música y el licor os sube á la cabeza.

Bailaba entretanto Josefina con Joaquín y de seguro se entretenían hablando de mí; pues cada vez que junto á nosotros pasaban, me miraban con insistencia.

Carlos se embriagaba de una manera estúpida en la cantina. Manuelita se deleitaba en brazos de su novio. Después de las Jackson era la más bella de la fiesta. Todos los semblantes rebosaban alegría.

Por fin cesó la música y con ella calmáronse mis ardientes sensaciones. Llevé á Cecilia á su asiento. Mientras bailábamos me había hecho ofrecerla que bailaría la próxima pieza con Josefina. Me sentía más calmado y me pareció llegado el momento de tener con ella la anhelada explicación.

Me senté á su lado y la pregunté si quería tomar algún refresco. A su respuesta afirmativa corrí á la cantina. El Capitán estaba todavía allí, insoportable; y se empeñó nuevamente en que tomara otro trago con él. Por evitar un disgusto

accedí, luego volví hacia Josefina con el refresco que me había aceptado. Lo tomó y regresé á dejar el vaso vacío en la cantina.

—Josefina, la dije entonces con seriedad, me hace usted el favor de concederme la próxima pieza?

—Al fin se acordó usted de que yo existía, me dijo suspirando.

Le tomé el brazo y dimos algunas vueltas por el salón.

—¿Qué desea usted que bailemos?, la preguntó después de un momento.

—Lo que usted guste, me contestó con languidez.

—¿Un valse?

—Sí, un valse.

Nos acercamos á la orquesta é hice sonar un valse, el valse *Dólores* que, en aquella época, me encantaba.

Es un valse de amor que principia con los sonoros de una pasión comprimida, notas que parecen salir de lo más profundo del alma, notas bajas, cadenciosas que, luego, van creciendo en intensidad y armonía hasta que, de los instrumentos brotan rápidos los acordes, como si fuera esa misma pasión que se desborda. Valse completamente en armonía con los sentimientos que yo experimentaba en aquel momento. Valse sublime!

Suavemente tomé á Josefina entre mis brazos. Bailamos con dificultad al principio; había cierto embarazo en nuestros movimientos. Pero pronto se soltaron nuestros miembros. Entonces, nos lanzamos en medio del torbellino y, ligeros, veloces

bailamos con furor, arrullados por esa música arrebatadora. Josefina, entre mis brazos, parecía una pluma y al tiempo que dábamos vuelta en todas direcciones, confundiéndonos con las demás parejas, nos parecía que los objetos que nos rodeaban y la sala misma daba también vueltas con nosotros en sentido opuesto. Su respiración era fuerte y el sudor corría por su rostro en abundancia. Yo gozaba inmensamente. El contacto de su delicado cuerpo me llenaba de indecible placer.

—Cuanto me ha hecho usted sufrir hoy, la dije entonces.

—¿Yo! por qué?, me replicó.

—¿Y usted me lo pregunta, Josefina?, volví a decirle, no pudiendo ya contenerme. Ignora usted, acaso, que yo la amo, sí, que la amo con delirio, con frenecí y que he estado celoso del Capitán, ¿por qué no confesarlo?

Aquellas intempestivas é inesperadas palabras la turbaron, y sentí su cuerpo temblar entre mis brazos. Su mano estaba fría. Guardó silencio; pero alzó hacia mí sus incomparables ojos y me miró con ternura, con una mirada dulce y delicada. Quedéme algunos minutos contemplándola en extática admiración al tiempo que seguíamos dando vuelta al compás de la música, siempre excitadora.

—¿Ya lo oyó usted?, proseguí, cada vez más apasionado. La amo á usted con todo el corazón y necesito saber de sus labios esta noche si soy correspondido.

Siguió el mismo mutismo.

—¿No me contesta usted?, volví á preguntarla, casi con impaciencia.

—Mañana, me dijo en voz tan baja que solo el amor que la tenía pudo hacer que la oyera.

—Nó, esta noche, ahora mismo. So lo exijo á usted. Sufro demasiado para poder aguardar hasta mañana. Tenga usted compasión de mí.

—Pues bien, sí, yo también lo amo.

Esto no lo oí, lo adiviné solo, por el movimiento de sus labios.

—Entonces, me atreví á preguntarla. ¿No ama usted ya el Capitán?

—Jamás le he amado.

Esta vez su voz era ya inteligible y segura.

—Sin embargo, se ha divertido usted hoy mucho en su compañía, insistí con impertinencia.

—Absolutamente, me contestó ya calmada por completo. Como le he dicho á usted el Capitán es muy alegre y cuando está achispado, como hoy, me hace reír mucho, á mi pesar, algunas veces.

Contóme entonces todo lo que había pasado mientras yo adornaba el salón.

Los toros habían estado infernales. Ninguno sirvió para nada. Cuando concluyó la corrida antojósele á todos dar un paseo por la retinga y regresar al pueblo en bote. Entonces se extrañaron de que yo no estuviera con ellos y, como no parecía, se imaginaron que me había fastidiado y me había marchado para la casa. Pero ella bien conocía mi carácter y adivinó la verdadera causa de mi ausencia. Siguiéron, pues, su paseo sin preocuparse más por mí, creyéndome tranquilo en la posada. A Carlos le dió esa tarde por volverla á cortejar y ella se había visto obligada á decirle rotundamente que nunca podría amarle y á prohibirle que vol-

viera á tratarle de esos asuntos. Lo demás yo lo había visto. Su indecisión para entrar en el bote era debido al disgusto que sabía me causaría verla llegar con el Capitán, pero tampoco podía quedar sola con él en la playa.

Comprendí que Josefina no mentía. Su temblor, su entusiasmo al bailar conmigo y su mirada centellante me lo daban á entender.

Además, la manera brutal como Carlos trataba de embriagarse era prueba irrecusable de lo mal parado que había salido en su empresa. Así, pues, Josefina era mía, solo mía y no había poder humano que pudiera arrebatarme su amor.

Y entonces, nuestra exaltación amorosa no tuvo límites. Bailamos con furor, con desesperación. Después de nuestra reconciliación nuestro ardor no conocía barreras. Eramos dos almas que, al compás de la música, vagaban unidas por el florido y glorioso campo del amor.

De pronto cesó la música. Era tal mi entusiasmo que pedí repitieran el vals. Obedecieron y de nuevo volvió á arrollarnos el mismo delirio, transportándonos á un mundo ideal de pura pasión poética.

VII.

Volvió, entonces, á sonreirnos la felicidad y nuestro idilio, interrumpido por la presencia del Capitán y las fiestas, se prolongó por algunos días; pero ¡ay! solo por algunos días.

Al siguiente de ese memorable baile, bailo como no volví á presenciar otro jamás y que, aún hoy, á través de los años y de lo mucho que he pa-

decido, recuerdo con placer, regresaron á Panamá todos mis amigos, inclusive Joaquín. También Carlos, completamente desahuciado por Josefina, precipitó la marcha de su compañía y se embarcó, esa misma tarde, en el *Morro*.

Tornó el pueblo á su acostumbrada quietud y la tranquilidad que reinó luego en la casa convino perfectamente á nuestro amor, ya promulgado y aceptado por todos.

¡Oh! ¡Cuán felices fueron entonces los días que se sucedieron á nuestra confesión amorosa! Taboga vino á ser un paraíso para mí; los valles del Cauca de Efraín al lado de María!

Como aquél,—en días también de ventura para ellos, explicaba á ésta las divisiones naturales de nuestro planeta y las evoluciones del mundo desde los tiempos más remotos,—volví yo á dar lecciones de inglés y de francés á Josefina. Ponía ésta ahora más atención que en días pasados y aprendió á conjugar perfectamente los verbos *to love* y *amer*. Quería ya componer frases y preguntábame, con dulzura, como se pronunciaba mi nombre en inglés.

—*Richard*, decía yo.

—¿Y en francés?, continuaba preguntándome y yo repetía:

—Casi lo mismo, solo que en francés se carga el acento sobre la *a* y se pronuncia la *ch* como *sh*, así: *Ríchárd*.

—Entonces es más fácil decir en inglés: *I love you, Richard*.

—Sí, la contestaba yo con entusiasmo, pero es más lindo decir: te adoro Josefina. Después del

italiano, quizás antes que éste, el idioma más dulce del mundo es el nuestro.

Pero estas lecciones no eran más que un pretexto para estar siempre juntos, sin hacer otra cosa que adorarnos y poco adelantó en ellos Josefina mientras permaneció en Taboga. Tampoco yo me preocupaba mucho en aquel tiempo porque aprendiera. La sabía ignorante y comprendía, como comprendía, así mismo, muchas otras cosas, que una mujer sin instrucción no podría ser nunca la eterna compañera de un hombre de mundo; pero tampoco ignoraba que ella era inteligente y que siempre había tiempo para enseñarla lo que necesitara saber á mi lado. En aquellos días solo pensaba en amarla, y el amor consumía toda nuestra existencia.

Nadie, ni nada interrumpía, pues, nuestros eternos coloquios amorosos. Las mismas amigas de Josefina no volvieron á visitarla en aquella deliciosa semana, la última que debía pasar en esa isla de gratos recuerdos. Diríase que querían respetar nuestro amor. Era éste tan puro, tan santo!

En cuanto á Mrs. Jackson y Cecilia su cariño por mí era siempre el mismo. La primera no veía en nuestras relaciones nada reprochable. Imaginábase que, siendo ella amiga de mi padre, nada de extraño tenía que sus hijos se quisieran y más tarde se casaran y mi carácter, mi educación y las ideas que yo había expresado con toda claridad en la casa, no la hacían temer otro desenlace.

Cecilia tenía distinto modo de ver las cosas y, más mujer de mundo que su madre, apreciaba nuestra situación desde otro punto de vista. Ja-

más llegó á dudar de mi hidalguía mas, como á mí en pasados días, asaltábanla serios presentimientos. Sin haber frecuentado nunca los salones del Club Internacional, conocía nuestra sociedad y sospechaba que mis padres, por mucho que me quisieran, pondrían toda clase de obstáculos á mis amores, si éstos llegaban á tomar un carácter serio. Pero era esto justamente, lo que la tenía sin cuidado, porque tanto á su hermana, como á mí, nos consideraba *demasiado locos*, eran éstas sus palabras, para darle importancia á estos asuntos. Por otra parte, el temor que abrigaba de que yo divulgara sus relaciones con Joaquín,—que podían ser un secreto para todos, menos para mí,—la obligaba, también, á no declararme abierta hostilidad. Además, pronto debía yo regresar al lado de mis padres y ella esperaba que la ausencia y sus consejos concluirían por calmar mi pasión.

Y efectivamente, llegó el día en que hube de resolverme á regresar al seno de mi familia. Mi padre estaba solo en el almacén y se había duplicado su trabajo. Hacía ya dos meses que establecida mi salud, no había motivo para que yo lo privara de mi ayuda. Justo era, pues, que me decidiera á partir.

Cuando comuniqué á Josefina mi resolución su blanco rostro tomó un color extraño y vi asomarse á sus ojos dos gruesas lágrimas, perlas que había recogido con mis labios si mi respeto por ella no fuera muy grande.

—No te aflijas, la dije, procurando darla ejemplo de valor. Antes de quince días estaré de vuelta y, después, nos veremos todos los domingos.

—Pero, ¿por qué te vas tan pronto?, preguntóme con tristeza.

—Mi padre está solo en el almacén, yo estoy ya completamente bueno. En una carta que recibí anoche me dice que está muy ocupado y no es corriente que yo permanezca aquí divirtiéndome mientras él trabaja por mí.

—Sí, ya comprendo, me replicó enjugando con su pañuelo las dos gotas de rocío que ya rodaban por sus mejillas. Pero me parece imposible que te vayas, cuando principiábamos á ser felices y nada se opondrá ya á nuestro amor. ¡Cuánto voy á extrañarte!, agregó lanzando un suspiro.

—¡Y yo á tí!, la repliqué lanzando otro suspiro.

—¿Y cuando es el viaje?

—Mañana.

¡Mañana! Esa sola palabra encerraba para nosotros una eternidad y así, volvió á exclamar:

—¡Tan pronto!

—Sí. Tú misma ves que no puedo demorar-me más.

—Y si estaba tan cerca tu partida ¿por qué no me lo dijiste antes?, preguntóme como queriendo hacerme un reproche.

—No hay para qué anticipar esta escena dolorosa.

—¿Y cuándo volverás?

—Ya te he dicho que dentro de quince días.

—¿Por qué no el sábado entrante?

—¿Por qué tendré mucho que hacer. Y además, continué, sin darme cuenta de lo que decía, porque mis padres se sordrenderán al verme regresar tan pronto.

—Y tú no deseas que ellos lleguen á sospechar que nos amamos, verdad?, repuso ella ligera y con amargura.

—No, no es eso, me apresuré á contestarla, tratando de corregir mi imprudencia; pero hace dos meses que no paso un domingo á su lado...

—Sí, te comprendo, me interrumpió aparentando una tranquila conformidad que, á mis ojos, abultaba más la falta que acababa de cometer y la dije:

—Pero, te juro que, dentro de dos semanas estaré otra vez á tu lado. Ahora, proseguí con ternura, júrame que me amas de veras.

—A qué jurarlo nuevamente; ¿no lo sabes?

—Sí, pero necesito oírlo de tus labios otra vez. Las palabras que de ellos se escapan son para mí como acordes de una música celestial.

—Pues bien, sí, te adoro con todo el corazón, me dijo en un arranque de pasión contenida. ¿Estás ahora contento?

—Sí, y después de una pausa: júrame también que nunca me olvidarás.

—Yo, jamás. ¿Y tu á mí?

—Yo, la repliqué á mi vez: ¿Cómo podré olvidarte, si hace dos meses que no hago otra cosa que respirar tu aliento y absorber el perfume que exhala tu cuerpo! ¿Cómo podré olvidarte si todo lo que de aquí llevo, mis libros, mis papeles, la pluma con que escribo el Diario que encierra mis pensamientos y hasta mis pañuelos me hablarán constantemente de tí! Tu presencia es para mi espíritu como el alimento para el cuerpo. Cuando no te veo, el recuerdo de tu incomparable belleza será para mi amor como las aguas del Nilo, que en sus periódicas inundaciones, fecundizan las áridas regiones del Egipto. ¿Cómo crees, pues, que pueda entonces, olvidarte?

Aquel día fué un día triste para nosotros. La idea de nuestra próxima separación atormentaba

demasiado y no nos dejaba pensar en otra cosa más que en mi partida que Mrs. Jackson y Cecilia encontraron perfectamente natural. Me atrevería á decir que, en su interior, la última casi la deseaba. No obstante me dijo.

—¡Cómo! Tan pronto nos abandona usted, Ricardo? Por qué no nos acompaña unos días más?

—No puedo, la respondí, mi padre me aguarda en el almacén.

—¿Pero suponemos que la ausencia no será eterna?

—No, volveré tan pronto como pueda, si ustedes me lo permiten.

—No solo se lo permitimos, agregó Mrs. Jackson que, por lo general, poco hablaba, sino que se lo exigimos.

Aquella noche dormí mal, ó mejor dicho, no dormí, pues no puede decirse que duerme quién á cada momento despierta asaltado por una nueva idea. Tenía los ojos cerrados y, á través de los párpados, veía á Josefina bajo distintas formas. A veces era una ondina que emergía de las aguas con sus pies de blanca espuma y sus cabellos relucientes como escamas de plateados pececillos. Otras, era una ninfa que salía del bosque vecino, cubierta con su manto de verdura y envuelta en remolinos de polvo. Por momentos tomaba la forma de un espectro que bailaba á mi alrededor una danza infernal y convertíase, luego, en una bella imagen de mujer, de arrogante hermosura, que posaba sus ardientes labios en mi frente y la quemaba con sus besos de fuego. Veía, después, la noble figura de mi padre, perfectamente dibujada en la oscuridad del cuarto, tomarla del brazo y arrojarla con altivez lejos de mí... Y temí que aquellas extrañas visiones fueran augurio de una cruel realidad.

Toda la noche la pasé en esa agitación nerviosa. Cuando ví, por entre las rojas de la puerta, que

aclaraba el día me levanté, la abrí y salí al balcón. La fresca brisa de la mañana azotó mi rostro y su suave soplo me llegó hasta el alma. Me hizo bien.

Ya los pajarillos, con su dulce trino, anunciaban el naciente día. Apagábanse las luces del pueblo. La *Luisa*, fondeada frente al Sanitarium, lanzaba por la chimenea bocanadas de humo negro.

Josefina me habia prometido levantarse temprano; pero todavía no era completamente de día.

Aguardé un instante.

No fué mucho.

Pronto salió ella.

Saludóme y entonces hablamos largo rato en voz baja.

¿Qué nos decíamos á esa temprana hora de la mañana? Nada. Lo de siempre. Y lo de siempre era eternamente nuevo para nosotros. ¡Oh felicidad de las almas que se aman, encontrar siempre novedad en lo que se dicen!

El destemplado silbato del vapor vino á recordarnos que habia llegado la hora de la partida, la partida fatal é inevitable. Bajamos juntos la angosta escalera, asidos de la mano. Nadie se habia levantado todavía. Una vez más nos juramos eterno amor y, una vez más, prometimos nunca olvidarnos.

Bajaba las últimas gradas de la escalera exterior cuando me volví hacia ella y la pregunté:

—¿No me das un abrazo de despedida? y, sin aguardar su contestación, subí de nuevo los escalones, me arrojé sobre ella y la estreché con furor en mis brazos, al tiempo que Mrs. Jackson salía de la cantina.

No hubo lugar á explicación alguna, porque ya el vapor se alistaba para la marcha. Tuve apenas tiempo de cerrarle la mano y corrí á embarcarme en la panga que me aguardaba.